

Ya nadie publica eso

derecho a la verdad, violencia contra la
prensa y afectaciones a comunidades y colegas

Investigación y redacción: Paula Mónaco Felipe

Fotografías: Miguel Tovar y Jorge Muñoz Fita

Diseño editorial: Sarai Pozo De Villa

Corrección de estilo: Claudia Cabrera Espinosa

Esta publicación se realizó con el apoyo y patrocinio de Open Society Foundations y de William and Flora Hewlett Foundation. La información, opiniones y conclusiones de este informe no reflejan los criterios o visiones institucionales de estas.



Ciudad de México, agosto de 2020.

La presente obra se respalda en una licencia de Creative Commons Atribución Licenciamiento Recíproco 2.5 México.



ARTICLE 19 Oficina para México y Centroamérica permite, alienta y celebra la reproducción de este material a través de cualquier medio, siempre que se respete el crédito de la organización. ARTICLE 19, Oficina para México y Centroamérica es una organización independiente y apartidista que promueve y defiende el avance progresivo de los derechos de libertad de expresión y acceso a la información de todas las personas, de acuerdo con los más altos estándares internacionales de derechos humanos, contribuyendo así al fortalecimiento de la democracia. ARTICLE 19 se fundó en Londres en 1987 y toma su nombre del artículo 19 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. La Oficina para México y Centroamérica inició operaciones en 2006.



Índice

Introducción	9
Leodegario Aguilera Lucas Desaparecido desde 2004	14
María Esther Aguilar Cansimbe Desaparecida desde 2009	46
Moisés Sánchez Cerezo Asesinado en 2015	74
Rafael Murúa Manríquez Asesinado en 2019	106
Conclusiones	137

Siempre le decíamos "¿por qué lo haces si nadie te lo va a agradecer?"

Respondía "es mi parte, si nosotros tenemos miedo no van a cambiar las cosas. Tener miedo no es una opción".

Sobre Moisés Sánchez,
periodista asesinado en 2015, en Veracruz

Introducción

Programa de derecho a la información
ARTICLE 19 Oficina para México y Centroamérica

Es sabido que México es uno de los países más peligrosos para ejercer el periodismo y que más de cien periodistas han sido asesinadxs o desaparecidxs en los últimos años. Resuenan los nombres de unxs cuantxs de ellxs y sus casos: Regina Martínez, Rubén Espinosa Becerril, Javier Valdez Cárdenas, Miroslava Breach. Se busca mantener su memoria, conocer la verdad sobre lo que ocurrió, obtener justicia. Sin embargo, casi la totalidad de los casos permanecen impunes y sigue habiendo poca claridad sobre lo sucedido. A ello se suma que, en muchas ocasiones, no conocemos los temas que estaban investigando, qué historias dejaron de ser contadas a raíz de haber sido asesinadxs o desaparecidxs y, algo que suele pasar desapercibido, qué comunidades dejaron de tener voz a raíz del delito.

De acuerdo con los estándares del Sistema Interamericano de Derechos Humanos, México se ha comprometido a cumplir con ciertas obligaciones en términos de derecho a la verdad en casos de violaciones a derechos humanos, es decir, de garantizarnos como sociedad que tengamos información sobre hechos que constituyeron violaciones a derechos humanos; que sepamos quiénes son las víctimas, quiénes los victimarios, que sepamos en qué contexto se dieron los hechos y que contemos con información suficiente para saber qué sucedió. No solo ello, conocer la verdad también implica encontrar mecanismos para visibilizar el trabajo realizado por lxs periodistas, escuchar las voces de las comunidades que fueron silenciadas y conocer la dimensión de los efectos que implica per-

der una voz y perder el acceso a la información que lxs periodistas ofrecían a sus comunidades y a la sociedad.

A pesar de estos compromisos y obligaciones nacionales e internacionales, México ha fallado en garantizar el derecho a la verdad y a la justicia. En el contexto en que vivimos —donde al menos 60,000 personas permanecen desaparecidas, más de 250,000 han sido asesinadas en los últimos 14 años, cientos de miles han tenido que desplazarse de manera forzada y al menos 10 mujeres son víctimas de feminicidio cada día—, el derecho a la verdad es fundamental no solo para las víctimas, sino también para la sociedad. Para entender qué es lo que está sucediendo y para incidir en que se generen condiciones para atacar estos problemas y poder caminar hacia la no repetición, es fundamental que como sociedad tengamos información suficiente.

En este contexto de violencia y desinformación generalizada es en el que trabajaban lxs periodistas cuyas historias se cuentan en este texto. La contribución del periodismo en contextos de crisis de violencia y violaciones a derechos humanos ha sido fundamental. En muchas ocasiones, es gracias a los y las periodistas que hemos conocido las realidades de lo que sucede en muchos rincones del país. Son ellos y ellas quienes desde diferentes geografías y con miradas particulares nos han mostrado historias de violencia, corrupción, de resistencia y de lucha. De ahí la radical importancia de conocer la verdad y promover la memoria alrededor de sus casos.

A pesar de la evidente importancia de obtener verdad y justicia en estos casos, hay una tasa de impunidad del 99.13%¹ en los crímenes cometidos contra periodistas. Esa impunidad —como se podrá observar en las historias aquí recuperadas— es el motor de nuevas agresiones: de 2000 a la fecha, ARTICLE 19 ha documentado 131 asesinatos de periodistas en México en posible relación con su labor. Del total, 121 son hombres y 10 son mujeres.² De estos, 47 se registraron durante el mandato anterior del presidente Enrique Peña Nieto, y 11 en el actual de Andrés Manuel López Obrador. El caso más reciente es el de Nevith Condés, asesinado el 24 de agosto de 2019 en el Estado de México. Además, de 2009 a 2019 hemos registrado 3,918 agresiones de distinto tipo a periodistas en nuestro país.

¹ https://disonancia.articulo19.org/wp-content/uploads/2020/05/Book-ARTICLE-2020-V04_PRENSA_V07.pdf

² Idem.

Es así que desde ARTICLE 19 México y Centroamérica consideramos como una tarea fundamental el conocer los efectos comunitarios del silenciamiento y la impunidad de las agresiones a periodistas, así como recuperar el trabajo que realizaban y las historias sobre ellxs mismxs a partir de los relatos de sus familiares y colegas. Los casos presentados son todos de periodistas que trabajaban en el plano comunitario y municipal. De ahí que el daño en términos de derecho a la información que deriva de su asesinato o desaparición adquiera una dimensión social relevante por verse interrumpido el mensaje que llevaban. A ello se suma el efecto inhibitorio y la autocensura de sus colegas, los cuales tienen un impacto profundo en términos de libertad de expresión. La comunidad que era receptora de dicho mensaje dejó de recibirlo.

Este informe se centra en cuatro casos, pero no se limita a contar cuatro historias en cuatro estados y cuatro comunidades. Acercándonos a las historias de Leodegario Aguilera (periodista de Guerrero, desaparecido desde 2004), María Esther Aguilar (periodista de Michoacán, desaparecida desde 2009), Moisés Sánchez (periodista de Veracruz, asesinado en 2015) y Rafael Murúa (periodista de Baja California Sur, asesinado en 2019), podemos ver cómo ellos y ellas replicaron otras voces, cómo el periodismo puede ser una voz disidente, crítica. Además, al hablar de cada unx de ellxs recorreremos dos décadas de violencia contra la prensa desde distintas geografías, y entendemos qué pasa cuando un/x periodista es asesinadox o desaparecidox; qué pasa en su familia, pero también qué pasa en sus comunidades, con sus “fuentes”, qué ocurre con aquellxs con quienes hablaban y cuyas voces replicaban. Y también qué pasa con sus medios, con la comunidad periodística local. En resumen, se ilustra cómo nos afecta como sociedad que estas voces sean acalladas.

Estas historias, narradas por la periodista Paula Mónaco Felipe e ilustradas por el fotoperiodista Miguel Tovar, logran capturar el silencio y los vacíos que nos quedaron: tras la desaparición de Leodegario, dejó de escucharse la voz de quienes resistían a la violencia de Estado en la costa de Guerrero. Con la desaparición de María Esther, dejaron de ser cubiertos tantos hechos y escenas de crimen que siguen ocurriendo en la frontera entre Michoacán y Jalisco, y lxs colegas periodistas dejaron de firmar sus notas. Tras el asesinato de Moisés, cesó el recorrido vespertino con bocina que daba el resumen de noticias de La Unión. Al ser asesinado Rafael, en la carretera Transpeninsular de Baja California, ya no se quiebra el silencio del desierto con su voz en Radio Kashana.

A través de estas cuatro historias, tan distintas entre sí y ocurridas en lugares y momentos diferentes, podemos entrever la impunidad y la simulación, así como su común denominador: la falta de verdad y de justicia. Pero también podemos observar el intento por parte de las autoridades de deslegitimar el trabajo periodístico de las víctimas, de criminalizarlas y revictimizarlas con el objetivo de apagar la indignación alrededor del hecho. Es por esta razón que reafirmamos la importancia de rescatar el trabajo y las historias de lxs periodistas, ya que esto nos permite contrarrestar los efectos sociales de la violencia en contra de la libertad de expresión: acabar con el silencio replicando el mensaje de quienes ya no están, recuperar sus voces.

Leodegario

desaparecido desde 2004

Por Paula Mónaco Felipe

Leodegario Aguilera nació y creció en Guerrero, en una familia con muchas carencias. Fue maestro normalista y después encontró su vocación: el periodismo. Ejerció el oficio durante 30 años, perfilándose como una voz cada vez más crítica. Dirigió la revista *Mundo Político*, que cuestionaba a gobernantes por malversación de fondos y documentaba las voces de grupos perseguidos, olvidados y silenciados. Publicaba sobre despojos, represión, desaparecidos. Firmaba sus textos. El 22 de mayo de 2004 se lo llevaron de su casa en Pie de la Cuesta; está desaparecido desde entonces.



Tapándose con hojas de palma estaban Emilia y tres de sus cuatro hijos, a un lado de una carretera, a la intemperie. Vivos, pero sin nada más que esas hojas porque el ciclón Tara se lo había llevado todo.

Eran las primeras horas del 11 de noviembre de 1961 y la región de la Costa Grande del estado de Guerrero amanecía arrasada. En Tecpan, el río creció hasta desbordarse; se llevó familias enteras, casas y animales. En Tenexpa, donde vivían Emilia y sus hijos, pocas casas quedaron en pie. Nunca se supo cuántas personas murieron; se estima fueron entre quinientas y mil.

Como esa madrugada, a la intemperie, transcurrió la niñez de Leodegario Aguilera Lucas, recuerda Ernestina, su hermana menor: con muchas carencias, pero también con el esfuerzo siempre por encontrar una salida. El padre abandonó a la familia, y la madre, Emilia Lucas, se ocupó de criarlos y mantenerlos a todos.

Mi mamá compraba cajas de loza, de esas que cuando sobran de varias vajillas meten en una caja y las venden, con una jarra y platos de diferentes piezas. Se iba con una burrita y con mi hermano Leodegario a las huertas aledañas a Tenexpa y allí cambiaba la loza por frijol, por huevos, por gallinas. Hacía el trueque, pues, lo que se hacía antes.

También vendía relleno en el mercado, por las mañanas. Hacía estofado, pipián, y tenía un sazón increíble. Por las tardes vendía hilos, cuecetes, de todo. A través de todas esas situaciones nos logró levantar. Nuestra madre siempre estaba trabajando y llegaba cansada.



Los hijos pasaban muchas horas solos, entre la casa y la calle. En su modesto hogar de cocina de leña y sin electricidad, en los trabajos que conseguían para ayudar a su madre. Leodegario a veces salía a vender loza con su mamá y otras veces se iba a pescar con sus tíos, en la madrugada. Tuvieron una infancia dura en aquella tierra calurosa y húmeda de las costas de Guerrero.

Nos marcó. Aprendimos a cuidarnos. Yo siento que mi hermano Leodegario traía marcada la vida que nosotros vivimos: él siempre veía qué necesitabas y siempre estaba ahí para ayudarte, para darte la mano.

Cuando terminó la primaria, Leodegario migró al estado de Puebla para cursar la secundaria. Estudió en Champusco, en la Escuela Normal Rural General Emiliano Zapata, uno de los internados para hijos de campesinos que se crearon a partir de la Revolución mexicana. Mientras estudiaba, trabajaba en campos de cultivo de gladiolas.

En las vacaciones viajaba a Las Choapas, en el estado de Veracruz, para trabajar en la industria petrolera con el objetivo de ganar un buen sueldo. Logró ahorrar dinero y se mudó a la capital del país porque ya tenía clara su vocación: quería ser periodista. Se tituló como maestro y luego decidió estudiar en la Escuela de Periodismo Carlos Septién.



Los desaparecidos, una cruda realidad

No son un mito o leyenda

De la Coresponsalia

Atoyac de Álvarez, Gro. Por ser Guerrero el estado con más alto índice de violaciones a los derechos humanos, se realizó aquí en la plaza cívica el Primer Foro sobre Justicia, Derechos Humanos y Seguridad, debido a la represión que se ha implementado por los cuerpos policiacos, mismos que gozan de impunidad.

Isabel Molina Warner, secretaria de la Comisión de Derechos Humanos del PRD, demandó a la ciudadanía guerrerense formar un solo grupo organizado para lograr castigo ejemplar a las autoridades que han violado los

derechos humanos cuantas veces han querido.

Aseguró que en Guerrero es donde más se han violado los derechos humanos. De todo esto, dijo, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos tiene conocimiento, por lo que se espera el próximo mes de marzo una respuesta que coadyuve a deslindar responsabilidades de hace 18 años a la fecha.

Dijo que en Michoacán hubo perredistas asesinados pero éstos fueron muertos a manos de pistoleros de los caciques, mientras que en Guerrero

estos asesinatos fueron cometidos por parte de la policía judicial y municipal, por órdenes directas de las autoridades, y enfatizó que "en todos los estados del país matan perredistas, pero Guerrero ocupa el primer lugar".

Destacó la postura de Cuauhtémoc Cárdenas por ser el único político que tiene el respeto de los mexicanos, por su convicción de lucha, al que han debilitado por las modificaciones del COFIPE, que no permite que se integre un nuevo frente nacional que aglutine a partidos de oposición y organizaciones civiles.

Su hermana recuerda que comenzó a escribir en varias publicaciones —primero fue la revista *Axioma*, y después *Hechos Sindicales*— y que por esos tiempos estuvo cerca del controvertido político y maestro Carlos Jongitud Barrios. Después surgió la revista *Mundo Político*, un proyecto que impulsó y sostuvo Leodegario. Él fue reportero, editor y presidente de la publicación que en su eslogan decía: “Catorcenal de Información, Análisis e Investigación”. Se editaba en el Distrito Federal, nutrida con información de corresponsales en varios estados, y se distribuía también por diversas regiones del país. La revista llegaba a Morelos, Puebla, Hidalgo, Estado de México, Querétaro, el Distrito Federal, Tlaxcala y Guerrero.

La revista tenía sus oficinas en el centro de la capital, en la calle Brasil número 22. Leodegario vivía entre Acapulco y el DF, reportando y escribiendo en ambas partes. Cuando estaba en Guerrero hacía entrevistas, cubría protestas y luchas para luego publicar las notas desde la capital. Eran los años noventa, la política nacional convulsionaba y aparecían movimientos sociales civiles y armados. En Guerrero eran tiempos de represión y Leodegario lo documentaba.

Ernestina tiene fotografías de aquellos años, perfectamente guardadas en bolsitas transparentes que a su vez se almacenan en cajas en su habitación.

Esto aquí es sobre las viudas de Aguas Blancas. Fue muy crítico en las notas que sacó en contra de lo de Aguas Blancas. Sí era riesgoso publicar, hay que recordar que estaba como gobernador Rubén Figueroa Alcocer y ellos siempre han sido caciques.

En la imagen aparecen varias mujeres sentadas alrededor de una mesa, y detrás una manta que dice: “Castigo a los responsables de la masacre de 17 campesinos”. Parece una conferencia de prensa. Son algunas de las parejas de los hombres asesinados el 28 de junio de 1995 en Aguas Blancas, municipio de Coyuca de Benítez, Guerrero. Una masacre que Leodegario cubrió y publicó en *Mundo Político*.

La revista era un constante contrapunto entre el mundo de la política nacional, las internas del PRI, que entonces era el partido de Estado, y los reclamos de grupos indígenas, campesinos y movimientos sociales. Una publicación donde convivían diversas realidades cuando la sola presencia de las voces disonantes era una arriesgada toma de postura.

—***¿Por qué su hermano quiso ser periodista?***

—***Porque podía abrazar a más gente.***

“Figueroa sabía de los desaparecidos”, anuncia en grandes letras la portada de la edición número 15, publicada en 1993. Y en otro ejemplar





del mismo año también se critica abiertamente al entonces gobernador de Guerrero. “La otra cara de Figueroa” es el titular en la portada de la edición número 14, y la página 17 está ocupada por una nota titulada “Los desaparecidos, una cruda realidad. No son mito o leyenda”. La ilustra una fotografía a todo lo ancho de la plana donde aparecen unas 30 personas reunidas en una plaza, y detrás de ellos una manta en la que se lee: “¡Eureka no se vende! Desaparecidos libertad”. El texto relata lo ocurrido en el Primer Foro sobre Justicia, Derechos Humanos y Seguridad, habla de violaciones a derechos humanos y desaparición forzada, temas que eran secreto a voces pero pocos medios trataban. Porque pocos hablaban entonces, y pocos hablaron durante décadas de las casi 500 personas que fueron desaparecidas en Guerrero por razones políticas durante los años setenta, según datos de la Asociación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos (AFADEM).

Probablemente el encuentro de familiares de desaparecidos ocurrió en Atoyac de Álvarez, pero Ernestina no lo recuerda bien. Atoyac ha sido por décadas uno de los municipios políticamente más activos del estado de Guerrero. Allá nació y vivió Lucio Cabañas Barrientos, quien fue maestro normalista, fundador del Partido de los Pobres y el guerrillero más conocido en la historia de México (asesinado el 2 de diciembre de 1974 tras un operativo militar). Allá el ejército desapareció a varios cientos de personas por razones políticas durante los convulsionados años setenta. Allá también se formaron organizaciones de campesinos y cafetaleros. Una de las más importantes, la Organización Campesina de la Sierra Sur (OCSS), surgió en 1994, días después del alzamiento zapatista en Chiapas, y la revista *Mundo Político* lo documentó con notas de Leodegario Aguilera Lucas.

Lo conocimos al inicio de la lucha de la Organización Campesina de la Sierra Sur. Nos dio voz, nos dio cobertura en los momentos más difíciles y álgidos de la represión contra la organización, en 1994.

El año siguiente se hicieron varias actividades. Marchas, conmemoraciones. Y hubo un encuentro campesino el 19 y 20 de marzo, cuando la organización pide por primera vez a Rubén Figueroa Alcocer que atienda sus demandas.

Él estuvo ahí dándonos cobertura. A Leodegario Aguilera lo conocimos muy bien porque siempre estuvo al pendiente, atento a las movilizaciones de la OCSS. Lo conocimos como un periodista muy comprometido con su profesión.

Los periodistas siempre han sido nuestros aliados al darnos voz, pero eran pocos los que daban cobertura real a las actividades de la or-

ganización. Hubo otros medios que nos criminalizaban, que daban voz al gobierno, a la fiscalía, a la procuraduría, y decían que éramos un brazo guerrillero, que éramos secuestradores. Había periodistas oficialistas que daban voz a las autoridades y eran pocos los que daban voz al pueblo y a las organizaciones nacientes.

Quien recuerda es Norma Mesino y, sentado a su lado, su padre Hilario Mesino asiente y acota detalles.

Mesino es un apellido que todos conocen en Guerrero. Una familia que significa rebeldía porque han sido militantes de di-

versas causas y perseguidos por las autoridades. En 1994, Hilario fundó la OCSS junto a Benigno Guzmán. Desde entonces su familia comenzó a recibir amenazas de muerte, a sufrir hostigamiento y detenciones arbitrarias por casos fabricados. Su hijo Miguel Ángel Mesino Mesino fue detenido y torturado por integrantes del Ejército Mexicano en 1994 y asesinado en 2005. Su hija Rocío Mesino, también líder en la zona cafetalera, fue asesinada en 2013.

Las historias de los Mesino y de las causas que encabezaron quedaron documentadas en la revista que encabezaba Leodegario.



Despojo

La avenida Costera es más que la calle principal de Acapulco, es su corazón. A un lado tiene restaurantes, centros comerciales, el mercado y atracciones como el Parque Papagayo. Al otro, hoteles con vista al mar sobre las playas céntricas de una bahía que en sus años de oro fue famosa en el mundo entero. En medio hay un torrente imparable de carros, autobuses con música a todo volumen y “calandrias” —vehículos tipo carruaje— adornadas con luces de neón.

La Costera empieza en el puerto y se extiende por 12 kilómetros. Va desde el llamado “Acapulco Tradicional” —que creció entre 1930 y 1960— al “Acapulco Dorado” —la primera expansión de la ciudad, entre 1950 y 1970—. Sin embargo, ante el *boom* de turismo nacional y extranjero, que no paraba de crecer, los dos Acapulcos resultaron desbordados en pocas décadas. A la Costera le siguió otro camino que se empalma y continúa zigzagueando por cerros de vistas espectaculares, repletos de condominios exclusivos y casas elegantes, grandes ventanales, terrazas al mar.

Cuando el camino desciende hay una calle que va hacia la derecha, hacia el mar, y allí el paisaje cambia en pocos metros. Ya no hay casas elegantes sino casitas pequeñas con montañas de coco en la vereda, señoras que venden bolsas de sal a 10 y 20 pesos, otras que cocinan afuera con anafres, puestos que ofrecen trajes de baño, salvavidas. Al llegar a la playa hay restaurantes pequeños y enramadas. Es un pedacito de Puerto Marqués, el espacio más popular que queda en la costa sur de Acapulco.

En un pequeño local atiende un señor alto y fuerte. Tiene cuerpo atlético, piel morena a puro sol y sonrisa grandota. Unos 50 años, ojos color café y hablar amable. Viste *short*, chanclas y una camiseta azul.

Es parte del grupo de ejidatarios que por décadas han denunciado el despojo de sus tierras; familias de campesinos que vivían algunos kilómetros más adelante, en las planicies pegadas a la playa Revolcadero y fueron expulsados. Para construir la tercera expansión de la ciudad, Acapulco Diamante, fueron obligados a vender tierras ejidales a precios ridículos como 2.50 pesos el metro, cuando valían más de 10,000 (y hoy se tasan al mismo precio que los barrios más caros de la capital mexicana). Ya no existen los campos que ellos trabajaban, el espacio ha sido ocupado por condominios con varias albercas y pisos de mármol. Lo que fueron sus tierras ejidales, heredadas de sus abuelos en la Reforma Agraria, son ahora edificios lujos-



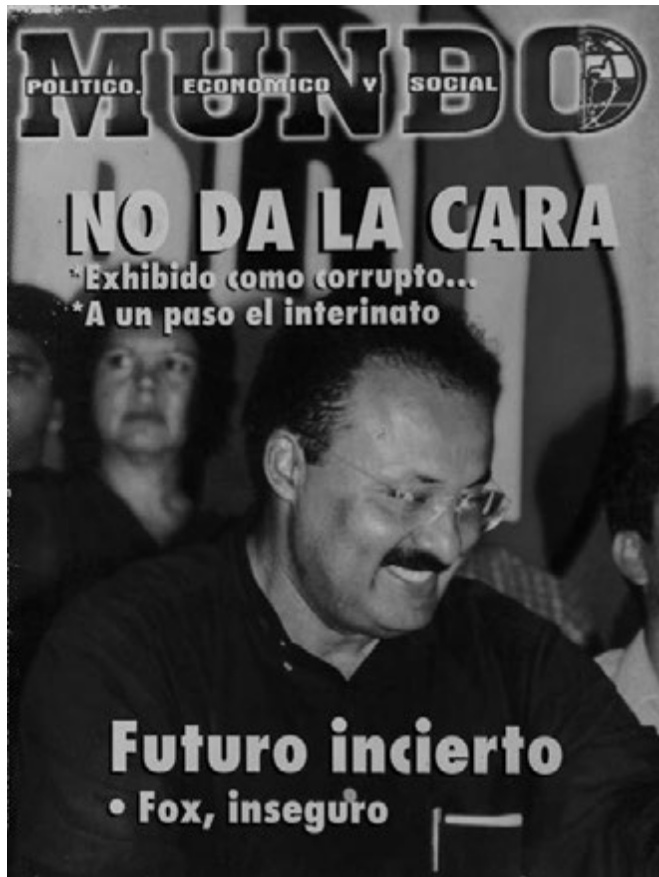
sos, en su mayoría departamentos de fin de semana de las familias ricas de México. Los despojaron por expropiación obligada.

Han pasado décadas y los ejidatarios todavía denuncian hostigamiento, aunque temen represalias. En 2017 apresaron y golpearon por última vez a su líder, César Sabino Palma, quien ahora vive prácticamente escondido.

Por temor, el señor pide no revelar su nombre. También por eso platica con discreción mientras simula vender algo. Accede a hablar del periodista desaparecido, pero se aleja a cada rato y no deja de mirar alrededor, desconfiado.

No lo traté directo pero sí lo vi algunas veces. Él tomaba la nota de lo que hacía César Sabino, decía que no iba a esconder las notas como otros reporteros. Porque lo que nosotros hacíamos salía nada más en [el periódico] El Sur, con Leodegario y algunos otros, nada más. Otros como Novedades y esos nomás iban, tomaban notas, pero no lo publicaban después. A veces él se iba y regresaba a donde estábamos nosotros, nos apoyaba por ejemplo con las aguas.

Fueron expropiados los ejidos. A una parte les pagaron, les pagaron muy poquito, y a otros no les pagaron.



Quien se oponía, recibía golpes: filas de soldados avanzaban desalojando a los campesinos por la fuerza. Ernestina lo recuerda y guarda fotografías en las cuales se observa a los policías con toletes y escudos, a los ejidatarios golpeados y ensangrentadas. Son imágenes que se publicaron en *Mundo Político*.

En 1987, un decreto del entonces presidente Miguel de la Madrid Hurtado ordenó expropiar los terrenos de Revolcadero para construir Punta Diamante, y al menos 70 ejidatarios fueron despojados. Ese mismo año Francisco Ruiz Massieu asumió como gobernador de Guerrero dos prioridades: construir la Autopista del Sol para unir Acapulco con la capital del país, y lograr el desarrollo inmobiliario de Punta Diamante. Carlos Salinas de Gortari comenzó su periodo como presidente en 1988 y, aunque la tensión seguía en la zona por reclamos de ejidatarios, en 1990 se aprobó la Ley de Turismo del estado de Guerrero que facultaba al gobierno a expropiar terrenos considerados viables para el turismo, a través de un organismo creado para ello, la Promotora Turística (Protur).

Así, una sucesión de gobiernos y leyes facilitó la expropiación pero no logró que cedieran del todo los reclamos de ejidatarios, mientras comenzaban a destaparse escándalos de dobles escrituras, prestanombres de políticos y compras fraudulentas por funcionarios y personas cercanas a gobernantes.

En 1999, René Juárez Cisneros asumió como gobernador del estado de Guerrero y *Mundo Político* se fue transformando en una voz crítica de su gestión.

“No da la cara. Exhibido como corrupto... A un paso del interinato” fue la portada de la edición número 117 con fecha del 30 de octubre de 2001 y fotografía del gobernador. La nota principal, que lleva la firma de Leodegario Aguilera y fue publicada en la página 28, da cuenta de acusaciones por “abuso de poder, enriquecimiento de la familia Juárez Cisneros y desvío de recursos del erario público para beneficio personal”, según documentos que también publicó la revista *Proceso Sur*. En ambos medios citan presuntos documentos emitidos por el Centro de Investigación y Seguridad Nacional (Cisen).

Es un reportaje de cuatro hojas ilustrado con retratos del gobernador y sus colaboradores cercanos, además de fotografías de propiedades que, de acuerdo con el texto, pertenecían su familia. La revista incluye otros dos artículos referidos al tema.

Algunos meses después, en marzo de 2002, los ejidatarios, con Sabino Palma como líder, realizaron un plantón durante una visita del

entonces presidente de la República, Vicente Fox. La protesta acabó con Palma detenido.

A finales de 2019, con el imperio de Punta Diamante ya construido e incluso expandiéndose aún más, los ejidatarios todavía exigen que les paguen a precio justo por las tierras que les quitaron. Algunos campesinos despojados ya murieron, pero les siguen sus hijos, una nueva generación que en lugar de tierras heredó un reclamo.

El señor de playera azul y sonrisa amplia habla un poco y enseguida se aleja para simular que no atiende una entrevista sino a un cliente cualquiera. Parte un coco con un solo golpe de machete, un golpe perfecto, y regresa a contar lo difícil que ha sido mantenerse en lucha.

El gobierno hace que uno se divida para que la lucha afloje. Ya somos como 15 los que seguimos en esto, somos muy pocos. Hacen que entre nosotros mismos tengamos pleitos.

A la gente la engañan, por eso uno bloquea las calles y hace lo que tiene que hacer: para que el gobierno escuche.

Dos carros grandes pasan enfrente de su negocio. Avanzan lento, a vuelta de rueda. Los mira de reojo y pide: “Ya mejor váyanse”.

Al retomar la carretera, poco después de Puerto Marqués empieza Punta Diamante. Inicia con el club de golf, un gran tapete de pasto perfectamente ajardinado, un paraíso entre el camino y el mar. Hay hoteles y condominios, supermercados, restaurantes de cadenas internacionales.

Avanzando por la carretera sigue Mundo Imperial, el más reciente desarrollo inmobiliario. Hay una avenida surcada por palmeras y una ciclista; algunas muchachas pedalean y otros corren. Condominios, clubes de playa con acabados de lujo, seguridad las 24 horas y anuncios de Ocean Front con eslóganes que prometen un paraíso personal. Un departamento de 423 metros, por ejemplo, cuesta un millón de dólares.

Los Acapulcos más nuevos —Diamante e Imperial— son muy diferentes a los antiguos. En los nuevos se respira tranquilidad y seguridad, mientras en el puerto y la parte vieja hay miedo, incertidumbre. Riesgo de sufrir un ataque o quedar atrapado en algún tiroteo, porque desde hace más de una década la ciudad se ubica entre las cinco más violentas y peligrosas del mundo, de acuerdo con la tasa de homicidios violentos.

En 2017, Acapulco ocupó el segundo lugar mundial con 113 asesinatos por cada 100 mil habitantes —entre los 130 de Caracas y los 112 de San Pedro Sula— y, en 2018, registró 110 homicidios por cada 100 mil habitantes, según datos del Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal AC. Esto cuando la media en América Latina y el Cari-



be es una tasa de 24 homicidios —según datos del Banco Mundial—, y la Organización Mundial de la Salud considera que existe una epidemia de violencia si la tasa es superior a 10 homicidios por cada 100 mil habitantes. Acapulco está 10 veces por encima de ese límite.

Pese a todo, sigue siendo un destino turístico y la ocupación llega a tope en vacaciones, feriado o puentes. Pero parece existir una frontera simbólica: los turistas mexicanos están en el Acapulco viejo, y extranjeros y ricos sólo van a Punta Diamante y Mundo Imperial. Vacacionan en las tierras que hoy cuestan unos 2,400 dó-

lares por metro cuadrado, cuando fueron expropiadas a 2.5 y 4 pesos mexicanos en los años noventa y 2001, respectivamente.

Ernestina recorre Punta Diamante asombrada por tanto edificio. Llevaba varios años sin visitar la zona donde su hermano reportaba expropiaciones y despojos.

Estas tierras estaban habitadas por ejidatarios. Gente muy humilde que tenía sembradíos de sandía, de frutas; no eran terrenos inservibles. Estas tierras fueron adquiridas con sangre de sus dueños, con represión.

De lo que fueron kilómetros de playas vírgenes ya sólo queda un retazo sin

tapizar de edificios: la colonia Alfredo V. Bonfil y algunos terrenos antes de llegar al pueblo de Barra Vieja. En estos pedacitos de playa todavía hay acceso público, lo cual se complica e incluso puede ser imposible en lugares de condominios.

Es mar abierto con playas anchas y viento fuerte. Hay enramadas bajo control de ejidatarios que cocinan pescados, mariscos, platos costeños. Camillas modestas

donde ofrecen masajes; vendedores que pasan con salvavidas, collares y todo tipo de recuerdos.

Pocos metros más allá de las enramadas están los edificios de lujo. Las construcciones de palo y palma han resistido el avance de los negocios inmobiliarios. Siguen vacíos los terrenos, aunque parece que no será por mucho tiempo. “Se venden lotes”, se lee en algunos carteles.



Callar

Fue la madrugada del sábado 22 de mayo de 2004 cuando desaparecieron a Leodegario. Cerca de la una y media de la mañana, un grupo de hombres armados llegó al kilómetro 10 de la carretera Acapulco-Pie de la Cuesta.

Se lo llevaron de su casa, que era también un hotel en construcción, su proyecto personal para el retiro. Lo secuestraron frente a su pareja Rosina Vázquez y su bebé recién nacido.

Días después, Rosina Vázquez dijo a la prensa que le habían llamado para exigirle un millón de pesos por el rescate y luego bajaron el monto a 15 mil pesos. “Leodegario no tenía dinero —dijo al periódico *El Sur*—. “Vivíamos de lo que ganaba; poco a poco se iba construyendo el negocio”. No volvieron a llamar. Está desaparecido desde hace 15 años.

Hubo protestas por él y su hermana Ernestina se dedicó a buscarlo, a exigir a las autoridades. La Procuraduría de Justicia del estado de Guerrero abrió la averiguación previa TAB/JAR/078/2004 y el entonces procurador, Jesús Ramírez Guerrero, anunció el 8 de septiembre que sus investigaciones concluían en que Leodegario había sido asesinado, que ya habían encontrado sus restos y habían capturado a los supuestos homicidas. Tres jóvenes, Alfonso Noel Vargas Baños, Juan Carlos Salinas Moreno y Alberto Cárdenas Flores, fueron encarcelados y presentados ante la prensa³.

Ernestina llegó a esa conferencia. Desde el primer momento, dice, percibió que todo era una gran mentira. Contactó a las familias de los detenidos, se reunió con ellas y meses después entró a la cárcel a verlos.

No somos blancas palomas, me dijeron, pero en lo de su hermano nosotros no fuimos. También me contaron que los habían amenazado, les habían dicho que si no confesaban el crimen matarían a sus familias.

Tampoco le pareció confiable el peritaje según el cual los restos hallados pertenecían a su hermano; se negó a recibirlos. Nueve años después, en 2013, los detenidos fueron liberados por falta de pruebas y la Procuraduría General de la República comprobó que los restos no pertenecían a un ser humano.

Fueron tiempos difíciles porque el dolor se ahondaba con silencios, falsa justicia y chivos expiatorios.

³ <https://www.jornada.com.mx/2004/09/10/037n3est.php?printver=1&fly=>

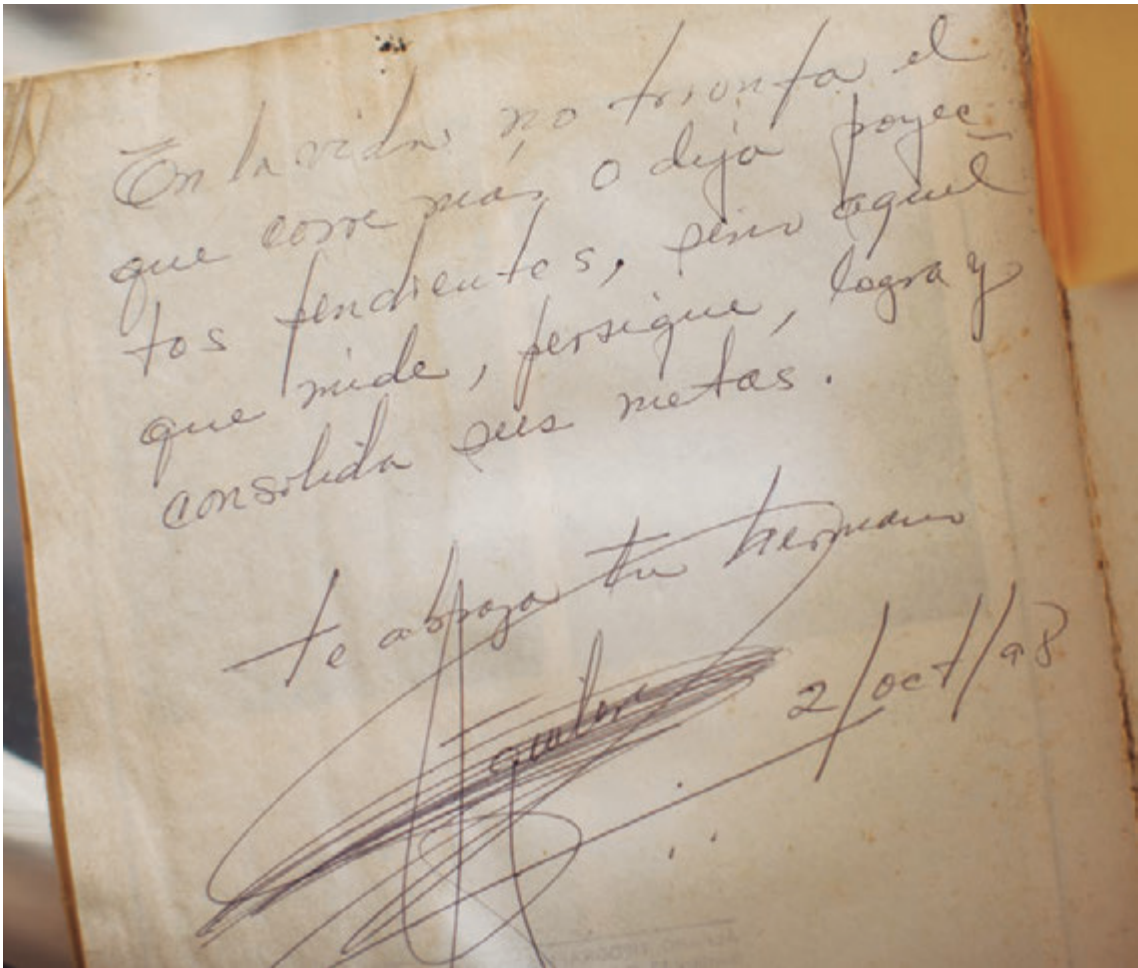
Lo recuerda Elvira Salas Coria, quien fue la asistente y compañera de trabajo de Ernestina. Ha visto de cerca la tragedia familiar que significó y sigue significando la desaparición de Leodegario:

A Ernestina le estaban mostrando unos restos que eran de un animal para que ya desistiera de la búsqueda de su hermano. La pobre ahí anda todavía buscando respuesta de la justicia.

Ella no sabe si está vivo o muerto, sigue buscando.

Hasta cáncer le ha dado. No salía para nada, no iba para ningún lado, dejó de trabajar, dejó su negocio.

La desaparición de Leodegario trastocó completamente la vida de Ernestina. Era su hermano adorado y, además, su referente profesional. Duele la ausencia, pero al mismo tiempo los recuerdos la mantienen en pie.



Quando le dije que quería ser periodista —recuerda Ernestina—, [mi hermano] me dijo: “Si tú quieres ser periodista, tú no eres la estrella. El periodismo es algo que tú vas a abrazar. No te va a importar sino la gente que te necesita. Tampoco te acostumbres a ser una periodista de aire acondicionado, de lugares lujosos, no te acostumbres. Tienes que salir a los lugares, a donde sea, caminar aun cuando estés cansada. Tienes que olvidar si tienes algún amigo político, vas a olvidar esa amistad; primero está la gente que necesita de ti. Y otra cosa: te pueden matar, pero nunca debes revelar tus fuentes, te vas a morir llevándote esos secretos. ¿Quieres ser periodista así? Tú no eres la estrella, lo tienes que recordar siempre”.

Ernestina dijo que sí, y su hermano de inmediato le regaló un manual de periodismo.

Todavía lo conserva guardado en su cuarto. Lo abre con cuidado, relee la dedicatoria y lo cierra. Su mano continuará encima del libro durante un largo rato, acariciándolo.

Este libro, cuando se lo llevaron, yo lo leía y leía.

Cuando se llevaron a Leodegario, Ernestina vivía entre Guerrero y Nueva York; era comerciante importadora. Abandonó su trabajo, dejó todos sus proyectos para dedicarse por completo a esperarlo, a buscarlo, a intentar que las autoridades hicieran algo por él. Después, Ernestina cayó en una depresión que le ha robado años de vida y de la que todavía no logra reponerse. Ya no tiene la fuerza ni la sonrisa de antes.

Cuando recuerda a su hermano se va hacia algún lugar seguramente más bonito que el presente porque su mirada cambia. Está más ausente pero más feliz. Lo nombra “Leo” y dice que cuando pasaba a desayunar le pedía su menú favorito: mojarra frita, ensalada, frijoles refritos, pico de gallo y tortilla de mano. Lo recuerda comelón y platicador. Algunos días se sentaban a hablar con un plato de mango en medio: las horas pasaban rápido, perdían la noción del tiempo y podían acabarse hasta 15 mangos sin darse cuenta.

Describe a Leodegario como alguien generoso y preocupado por sus seres queridos. Pendiente de los cinco hijos que tuvo en tres matrimonios, pero también de su hermana y de su madre.

Todos los domingos venía desde México a ver a mamá y la sacaba a pasear, la llevaba a comer, le compraba lo que quisiera.

Ernestina revisa ediciones de *Mundo Político* que ha guardado por más de 20 años. Hay portadas polémicas como la del 8 de mayo de 1992: “Encontrados intereses en el PRI”, y la del 1 de octubre de 1995, que habla de neoliberalismo, muerte y miseria, meses después del levantamiento zapa-

tista en Chiapas. En el titular se lee: “Juicio al neoliberalismo. Muerte, miseria, desempleo, quiebras, guerra y 24 ‘supermillonarios’, el saldo”. Ilustra la fotografía de una mujer indígena caminando mientras amamanta a su bebé y lleva de la mano a un niño con resortera.

El 1 de agosto del mismo año, la principal dice: “A 8 meses de gobierno, Zedillo sin tomar las riendas / Agresiones a la prensa. Clase política sin control”.

También dentro de la revista se abordan temas complejos en aquel tiempo. Por ejemplo, un texto con fotografía que documenta los primeros tiempos de la Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias (CRAC), la primera policía comunitaria en la historia de México, un grupo que desde entonces ha puesto en

duda la eficacia del Estado en tareas de seguridad. El titular y el sumario dicen: “Policías comunitarios sí resguardan la seguridad. Marchan por las principales calles de la cabecera municipal, ciudadanía protegida mejor que con la judicial, pueblos que luchan por erradicar la inseguridad social”.

Ernestina tiene una montaña de fotografías, en su mayoría reveladas a color y en formato pequeño. Hay protestas de los ejidatarios de Revolcadero y Punta Diamante; un desalojo en Balcones del Mar; manifestaciones: un retrato de la madre de Lucio Cabañas y mítines del Partido de la Revolución Democrática cuando era una opción política de oposición a tal punto que asesinaban a sus militantes.





Una foto a color muestra a un puñado de personas en el zócalo de Chilpancingo, capital del estado de Guerrero. Están frente al Palacio de Gobierno y sostienen una manta en la que se lee: “RESPECTO A LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN ¡ALTO! AL HOSTIGAMIENTO CONTRA LA PRENSA”. Fue una protesta en 1997, cuando asesinaron al periodista Abel Bueno León, editor del semanario *Siete Días*. El 22 de noviembre de ese año, su cuerpo fue encontrado dentro de un carro calcinado en la carretera Tixtla-Chilpancingo con señales de haber sido golpeado. *Mundo Político* publicó la imagen. Al reverso, escrito a mano, está el número 7, que significa la página donde se incluyó en el diseño para impresión. Toma otra fotografía en la que también se ve a un puñado de personas realizando una protesta.

Esta es de cuando se lo llevan a él, a Leo. Estamos aquí en el quiosco de Acapulco.

Es una historia cada vez más frecuente en los medios de comunicación en México: un periodista y un medio que reclaman por el asesinato o las agresiones a algún colega y, un tiempo después, son ellos mismos quienes sufren los ataques. Un día protestan, un día documentan, y otro día son víctimas.

Mundo Político publicaba y reclamaba por los asesinatos de periodistas hasta que desaparecieron a su director. Entonces la revista dejó de publicarse, ya no existe. Se acabó esa voz, la callaron. No sólo Leodegario fue desaparecido, también la revista que él dirigía.

Ruinas

A la casa se llega por un pequeño camino que sale desde la carretera Acaulco-Pie de la Cuesta. Son unos 500 metros de bajada entre árboles y plantas tropicales, pájaros y bichos.

Desde fuera es una construcción no muy grande, blanca, de dos plantas. Pero al atravesar el zaguán aparece el mar inmenso porque el espacio está construido en la cima de un acantilado, en forma de semicírculo, y parece un balcón al Océano Pacífico. Un lugar sin frontera con el mar porque se sienten tan cerca, tan fuertes, el viento y el ruido de las olas, como si se estuviera sobre un barco en medio de la inmensidad azul.

El espacio es amplio, tiene varios desniveles, escaleras y una terraza grande con una alberca pequeña y un chapoteadero.

Las albercas están vacías, despintadas, descoloridas. Los barandales cayéndose y de plano caídos en algunas partes. Oxidados los hierros de las columnas que sostenían sombrillas o palapas. Los cuartos no tienen puertas ni ventanas, los baños están reducidos a piso de azulejo porque no quedan ni tazas.

Es una casa deshuesada, en ruinas. Era la casa de Leodegario. De ahí se lo llevaron, y era también su proyecto de retiro. Se había mudado allí porque tenía más de 50 años y quería volver a Guerrero para seguir trabajando más cerca de su familia y con un plan de futuro. Quería tranquilidad, afectos y la tranquilidad económica de un negocio propio.

Él le decía “hotelito”, pero tiene 11 habitaciones apenas. Él pensó aquí, a la orilla del mar, llevar una vida tranquila, disfrutar de su familia, y lo hizo con mucha ilusión.

Se tardó 12 años. Se fue haciendo por partes.

Todo tenía cristales y ventanas de aluminio. Se llevaron las puertas de cedro, porque eran puertas muy buenas. Se robaron las tazas, todo lo del baño, y rompieron todo. Se robaron la instalación de luz. Se llevaron la bomba de la alberca, todo. Había 14 colchones; las habitaciones estaban amuebladas con colchón y sus ventanas de cristal con aluminio y puertas de madera. Todo estaba muy bien equipado, pero a raíz de que se lo llevaron a Leo se fueron robando todo poco a poco, rompiendo.

Los muros se rajan, caen. Los hierros brotan y se oxidan. Es el efecto imparabable del mar que todo lo destruye, que todo lo acelera, pero es también el abandono. Aunque Ernestina ha hecho lo posible por cuidar el lugar, no le alcanzan las fuerzas ni los recursos. No quiere venderlo por-



que es la casa de su hermano, su proyecto de vida, pero tampoco puede mantenerlo. El dilema de los familiares de las personas desaparecidas: ¿Cómo habitar un tiempo que ni corre ni se detiene, un tiempo otro que ni se entiende ni se puede resolver?

Yo estuve viviendo en esta casa con cinco perros que él dejó, yo sola. Muchas veces salí del cuarto porque no me aguantaba las ganas de llorar y me salía a esa parte de ahí —la terraza— y me tiraba al suelo. Ahí lloraba y lloraba hasta que me pasaba un rato, me paraba y me iba. Y detrás de mí, los perritos.

Esta casa es testigo de todo mi dolor, de todo lo que he vivido. Había momentos en que no aguantaba porque sentía el corazón tan hecho pedazos que no aguantaba.

Ernestina ocupó entonces el cuarto que era de su hermano, que extrañamente

es el único que no mira hacia el mar. Puso rejas en las ventanas y puertas que lo delimitan. Hizo una especie de jaula con dos cuartos y un baño, y ahí se encerró a vivir. Se quedó a cuidar la casa, a esperarlo.

Pero un día tuvo que irse a intentar retomar su propia vida. Encargó la casa-hotelito a dos parejas que residen en dos cuartos. Aunque no han hecho arreglos, prefiere que sea habitada de alguna manera para que no la ocupen otras personas. De vez en cuando, Ernestina la visita. Hoy llega al atardecer porque es su hora favorita; disfruta mirar cuando el sol se esconde en el mar y el cielo parece estallar en colores. Vuelve a recorrer las terrazas con paso cansino. Deambula, se queda mirando al horizonte.

Ernestina Aguilera Lucas tiene 72 años, cabello chino y crespito, piel morena





brillante, cuerpo delgado, pequeño, y andar elegante. Habla con calma, su tono de voz es costeño y dulce. Platicadora, va hilando un tema con otro, pero en las ruinas de la casa de su hermano pasa el tiempo casi en silencio. No habla de otra cosa que no sea de su añorado “Leo”.

El último día que lo vi aquí se quedaba viendo al mar como si supiera que era el último día.

¿Quién lo desapareció? Para mí quedó claro desde el principio: el gobierno y, en este caso, René Juárez Cisneros. Para mí es él quien dio la orden y ejecutó la desaparición forzada; él les dio la orden a quienes vinieron a llevarse a mi hermano. Para mí, es el culpable directo. Yo sigo señalándolo como el autor intelectual de la desaparición forzada de mi hermano, porque le incomodaron mucho sus notas periodísticas. Porque le estaba publicando la desviación del erario público, y eso a cualquier gobernador, a cualquier político que tenga un puesto público, le molesta.

Y entre tantos haceres de él como gobernador no solamente está la desaparición forzada de Leodegario, hay muchos casos en los que está involucrado durante su periodo de gobierno como es el hecho de agresión a Sabino Palma, todos esos terrenos, esos ejidos de Punta Diamante que fueron expropiados y quitados a esa gente y que aún siguen en pleito, las luchas que Leo cubrió.

A Leo no le importaba quién fuera el gobernante; si comprobaba que había problemas, abuso de autoridad, violación a los derechos humanos, él siempre estaba ahí. Lo último que publicó fue sobre sus propiedades de Los Cabos, El Madrigal, en Cuernavaca, el desvío de Taxco de un hospital, tantas cosas que él investigó y publicó.

Varias veces *Mundo Político* había señalado al entonces gobernador de Guerrero, el priista René Juárez Cisneros. Dos ejemplos, las ediciones de octubre de 2001, con varias notas y la portada: “No da la cara. Exhibido como corrupto... A un paso del interinato”, y la de abril de 2002, con título: “Expropiación, negocio de René Juárez”, y una fotografía de las playas entonces sin construcciones en Punta Diamante y Revolcadero.

Antes de ser gobernador, Juárez Cisneros tuvo una ascendente carrera dentro del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y ocupó varios puestos de administración pública. Fue Secretario de Planeación y Presupuesto del estado durante el gobierno estatal de José Francisco Ruiz Massieu (1987-1990), presidente municipal de Acapulco (1990-1993) y, después, secretario de Planeación, Presupuesto y Desarrollo Urbano en la gestión de Rubén Figueroa Alcocer (1993-1994). Más tarde, diputado federal (1994-1997), senador (2012-2016), subsecretario de Gobierno



de la Secretaría de Gobernación durante la presidencia de Enrique Peña Nieto (octubre de 2016), presidente nacional del PRI (2 de mayo al 16 de julio de 2018) y, actualmente, diputado federal con cargo plurinominal y coordinador del grupo parlamentario del PRI en la LXIV Legislatura del Congreso de la Unión.

Al momento de la desaparición de Leodegario Aguilera Lucas, era gobernador del estado de Guerrero, cargo que ocupó desde el 1 de abril de 1999 al 31 de marzo de 2005.

Meses después de que se llevaran a su hermano, Ernestina recibió una informa-

ción que aumentó sus sospechas. Por voz de colegas periodistas supo que el jueves 19 de agosto de 2004, cuatro días antes de ser desaparecido, Leodegario habría estado en el Palacio de Gobierno del estado, en la ciudad de Chilpancingo. Le dijeron que su hermano “discutió fuerte, a gritos”, con el secretario del gobernador, aunque nadie sabe —o no le dijeron— cuál fue la causa del incidente. También se enteró más tarde de que a su hermano lo habrían seguido policías, que lo habrían hostigado ministeriales y judiciales, según él mismo comentó solamente a un tío para no generar alarma entre su familia.

Quince años después, no hay verdad ni justicia. La Comisión de Defensa de los Derechos Humanos de Guerrero (Coddehum⁴) concluyó que en el caso las autoridades han incurrido en “denegación de justicia, ejercicio indebido de la función pública e irregularidades” (Recomendación 19/2006). Quince años más tarde, aún no existen investigaciones transparentes ni exhaustivas.

Desde Atoyac, Norma Mesino opina que la justicia resulta impensable porque existe un entramado que imposibilita cualquier avance. Pero cree que más improbable todavía es la justicia, más lejana, cuando se trata de periodistas.

Los periodistas siempre han señalado la corrupción, la impunidad, el enriquecimiento ilícito, las relaciones entre el gobierno y el crimen organizado. Siempre ha sido la línea de los periodistas, han denunciado eso y todos los gobiernos que han estado de turno acallaron voces. Si Aguilera trazó una línea, ¿por qué no se investigó? Porque la fiscalía no va a investigar a sus antecesores ni a su exjefe ni a los jefes de turno. O sea, siempre hay una red de protección entre los funcionarios, sean del partido que sean. Se están protegiendo los pactos de impunidad que existen entre el ejército, los gobiernos de turno, los gobiernos del pasado y las procuradurías. No va a haber justicia porque hay ese pacto de impunidad entre ellos.

La seguridad en Guerrero, si antes era complicada, ahora se ha vuelto mucho más. Para las organizaciones, para los activistas y para los periodistas. Hoy ser activista o periodista es un riesgo latente. Si tú protestas, si haces algo, al rato te llega gente externa, grupos que te amenazan y son mandados por el mismo gobierno. Su brazo antes eran los paramilitares; ahora ocupan al crimen organizado para callar tanto la voz de los activistas como la voz de los periodistas.

Los periodistas no pueden hablar más, no pueden decir más. Si quieren hacer una nota de la situación que prevalece en un municipio, de impunidad, de corrupción o robo, los mandan a amenazar. Hay muchos casos, muchos periodistas que se quedan callados porque cuidan su integridad y la de su familia.

Cayó el sol y Ernestina se va de la casa en ruinas. Toma la carretera de curvas que sale desde Pie de la Cuesta y vuelve a Acapulco con una tristeza infinita por la ausencia de su hermano, por no saber qué hicie-

⁴ <http://www.cdheg.org>



ron con él, pero también con una angustia nueva: un sobrino de Leodegario, también periodista, ha tenido que huir por amenazas. Ocurrió hace pocos días; ahora está desplazado y escondido. Suspendiendo su trabajo a fuerzas, callando por su vida.

Cuatro integrantes de la familia han elegido el periodismo. Leonel, el hermano mayor, ya fallecido. Leodegario, desaparecido desde 2004. Ernestina, quien abandonó el trabajo porque la tristeza le quitó las fuerzas. Y un sobrino joven que ahora está desplazado.

Con todo, Ernestina no está enojada con el oficio. Decora la pequeña sala de su casa con los cuadros que certifican su participación en cursos, congresos y reuniones de periodistas. Atesora el último celular de su hermano Leo y su máquina de escribir, una Olympia grandota y pesada con teclas negras gastadas por el uso.

Él tenía 30 años, una pluma de 30 años con experiencia bastante amplia. Él siempre investigaba las cosas que publicaba. No fue un periodista improvisado. Yo todavía lo espero.

Fuentes y bibliografía complementaria

AFADEM-FEDEFAM:

<https://afademfedefam.wordpress.com>

Familia Mesino:

<https://www.proceso.com.mx/356188/la-familia-mesino-historia-de-una-persecucion>

Normal Rural de Champusco:

<http://exnormalruralemilianozapatachampusco.blogspot.com>

Caso Leodegario Aguilera:

<https://mataranadie.com/leodegario-aguilera-lucas/>

<https://www.jornada.com.mx/2015/05/22/politica/009n2pol>

<http://www.nuestraaparenterendicion.com/tuyocoincidimosenlanocheterrible/index.php/component/k2/item/80-leodegario-aguilera-lucas#.XWnD4PNR1E4>

<https://articulo19.org/consecuencias-para-la-familia-del-periodista-desaparecido-leodegario-aguilera/>

María Esther

desaparecida desde 2009

Por Paula Mónaco Felipe

Es la primera mujer periodista desaparecida en el marco de la militarización de tareas de seguridad, la “guerra contra el narco”. Como muchos reporteros, trabajaba en varios medios a la vez para llevar el sustento a su familia. Empezó a reportear a los 18 años, escribía y tomaba fotos. Cubría notas policiales cuando la violencia empezaba a multiplicarse y publicó información importante en su región. Después de que ella fue desaparecida, los periódicos locales dejaron de firmar la “nota roja” y ya nadie investiga esos temas.



Sonó su celular y ella atendió. Era la mañana del 11 de noviembre de 2009, estaba preparando el desayuno a sus hijas de 6 y 9 años. Contestó el teléfono, salió a la calle y ya nunca regresó: la periodista María Esther Aguilar Cansimbe está desaparecida desde entonces.

Vivía en una unidad habitacional que se llama Progreso Nacional. Es un Infonavit, son casas unifamiliares y ella rentaba una casa. A unas cuadras había una caseta de vigilancia; en esa caseta hicieron un acto del ayuntamiento el día que se llevaron a María Esther. Participó Protección Civil, y alguien de Protección Civil observó cuando se la llevaban. No fue en una patrulla ni nada, a María Esther se la llevaron en pantuflas.

Lo relata Juan Ignacio Salazar, amigo suyo, colega y además su jefe inmediato en el periódico *Cambio de Michoacán*, del cual María Esther era corresponsal en Zamora, su ciudad de origen y residencia.

En Morelia, donde se encuentra la redacción del diario, Juan Ignacio enciende su computadora. Abre un buscador en internet, escribe un nombre y aparece una fotografía de un hombre joven.

Este cuate fue el autor del secuestro de María Esther y la autoridad no ha hecho nada. Él era el jefe operativo.

Conoció a María Esther a mediados de los años noventa, cuando él vivía en Zamora y era jefe de información de El Sol de Zamora. Recuerda que un amigo le pidió de favor que le permitiera publicar y, aunque primero respondió que no, luego accedió a que la muchacha realizara prácticas.



María Esther empezó tomando fotografías, tenía alrededor de 18 años.

Pero antes de conocer a Juan Ignacio, María Esther también había entrado en contacto con otro reportero con experiencia. Un señor mayor que pide no revelar su identidad, pero recuerda:

Ella se acercó y me dijo: “Oiga, a mí me gusta la cosa del periodismo. No he estudiado pero estoy haciendo algunos trabajos. Me gusta escribir sobre ecología y sobre jóvenes. Precisamente estoy terminando una cuestión sobre jóvenes que son adictos”.



Me lo llevó ocho días después, no para publicarlo sino para que le diera mi opinión. Yo vi que estaba bien, con algunos errores, pero la idea estaba bien porque había hecho entrevistas a jóvenes y, además, identificaba que faltaba mejorar la relación con los padres. Era un artículo de dos hojas que le llevó 20 días o más.

Y cuando le respondí que estaba bien me dijo: “¿Entonces me da trabajo?”.

Sintió ternura y le resultó simpática esa muchacha frontal, sin vueltas. No le dio trabajo, pero empezó a tejerse una relación que fue creciendo en respeto y afecto mutuo, tanto que acabaron siendo compadres. Él la recuerda con cariño, pero pide no revelar su nombre porque la

seguridad es muy frágil en Zamora. Dice que antes temía al diablo, a irse al infierno, “pero está más feo aquí”.

El hombre, a quien llamaremos Amigo, conoce la historia de María Esther porque ella misma se la compartió. Cuenta que su madre murió cuando era una niña, y a ella y a su hermano Pablo los educó Maricarmen, la hermana 10 años mayor que ellos.

María Esther fue una niña que casi no hacía preguntas, cuando era periodista casi no hacía preguntas. Lo curioso es que ella no estudió más que hasta primero o segundo de secundaria, pero era interesante ver que se estaba dedicando a algo que no estaba dentro de su entorno.

Decía: “Soy periodista”, y como que le daba fuerza, le apasionaba. Entró a la cosa policiaca y le gustó mucho. A ella le gustaba tratar con los agentes del Ministerio Público, como que sentía que estaba protegida. A mí me contó que le gustaba la nota roja porque de alguna manera veía cómo se realizaba la justicia.

María Esther Aguilar Cansimbe nació en Zamora, Michoacán, en 1977. Desde niña tuvo carácter fuerte; sus familiares la definen como una mujer impulsiva que muchas veces no medía las consecuencias de sus actos, y alguien frontal, sin pudor de decir a los demás sus opiniones. Si le caías mal, te lo decía de frente. Una mujer valiente que sentía especial atracción por las emociones fuertes.

Sufría hipertiroidismo y asma, y tuvo épocas difíciles a nivel físico. Le gustaban los perros y los gatos; cuidaba a varios. Siempre le interesó el arte. Cuando era niña disfrutaba dibujar; ya muchacha hacía bocetos de moda y después aprendió a pintar con óleo y a esculpir. Los meses antes de su desaparición preparó una serie de piezas relacionadas con la temática de la violencia; cuando se la llevaron las había terminado y estaba gestionando el permiso para exponerlas en un lugar de su ciudad.

El periodismo fue su único trabajo y lo ejerció por más de una década. Cuando se la llevaron tenía 32 años, estaba casada con David S. y madre de dos niñas, Frida Sofía y Fátima del Carmen.







Multichambas

María Esther empezó a publicar en el periódico El Heraldo de Zamora, luego en El Sol de Zamora y en El Independiente. En 1998 colaboró con el semanario Sociedad Avante. Después consiguió su trabajo más estable, un puesto en El Diario de Zamora, donde empezó como reportera y llegó a estar a cargo de la sección Seguridad.

Además, colaboraba con la agencia Esquema y, en 2008, se integró como corresponsal del diario *Cambio de Michoacán*, publicación de circulación estatal con sede en la ciudad de Morelia.

María Esther, como muchos periodistas que trabajan en provincia, tenía dos o tres trabajos simultáneamente. Entre todos ganaba entre 7,000 y 8,000 pesos mensuales. El dinero debía alcanzar para pagar la renta de la casa y cubrir los gastos de toda la familia, porque en los últimos tiempos su esposo había quedado desempleado.

Cuando se la llevaron no había luz en su casa porque no tenía dinero para pagarla. Su esposo también tuvo muchas dificultades; es abogado y había sido agente del ministerio público y funcionario de seguridad pública, pero no encontraba trabajo.

La recuerdo andando de arriba abajo en su motocicleta. La recuerdo como una chica muy inteligente, amorosa de sus hijas. Un tanto atrabancada para hacer información, pero una chica muy aguerrida, echada para adelante.

Era una chica muy honesta.

Juan Ignacio Salazar fue su primer jefe y también uno de sus guías, porque María Esther no estudió la carrera de periodismo: se formó a fuerza de trabajar, a puro oficio. Empezó tomando fotografías de sociales, después escribió sobre temas ciudadanos y notas de interés general hasta que conoció el género policial. Todo cambió entonces, se fascinó completamente ante el mundo de la llamada “nota roja”.

Las historias que se tejen en esa sección son muy complejas. Conoces lo mejor y también muchas veces lo peor de la humanidad. Creo que eso no dejaba de sorprender a María Esther.

Raúl Pichardo, su otro jefe, con quien trabajó en *El Diario de Zamora*, también la recuerda fascinada por las noticias de asesinatos, accidentes y tragedias. Corriendo siempre para llegar al lugar donde ocurren los crímenes, completamente absorta en un sector informativo que requiere temple pero también implica riesgos.



Apasionada de su trabajo. Le gustaba el peligro. Yo le decía: “No te metas, al final de cuentas es solo una nota, para qué arriesgar”. María Esther era una mujer muy controvertida. Su correo electrónico era fiscalía77@...

En *El Diario de Zamora* era reportera y jefa de la sección Seguridad, que incluye la contraportada —uno de los dos espacios más importantes en cualquier periódico— y, además, de una a dos planas en el interior de la publicación. Cubría todo lo que ocurría en los municipios de Zamora, el

vecino Jacona y algunas poblaciones cercanas. Redactaba los textos con el modelo tradicional de pirámide invertida, lenguaje formal y términos claros, sin regodeos. Utilizaba títulos atractivos, típicos de la nota roja, pero sin chistes de humor negro o sarcasmo como acostumbran utilizar algunas publicaciones policiales.

Ella hacía los textos, ella tomaba las fotografías. Imágenes crudas con cuerpos de personas fallecidas de forma violenta, restos mutilados, detalles captados por una mirada frontal.

Sucesos

BRUTALIDAD POLICIACA

Exigen destitución de jefe de Policía de Zamora; edil calla

Realizan manifestación en la alcaldía en protesta por la golpiza a dos jóvenes

Jordi Perucha Mendivea / ZAMORA

Varios del conjunto subvencional Palo Alto y ciudadanos en general se manifestaron ayer en las afueras de la Presidencia Municipal para exigir la destitución del director de Seguridad Pública, Jorge Arturo Contreras Torres.

Tras la denuncia que hiciera Alberto Alvarez González ante los medios de comunicación y las insinuaciones judiciales de la brutal golpiza que le propinaron a sus hijos, tanto los escuelas como el propio director, los afectados, acompañados por vecinos y amigos, se plantaron en las afueras de la Presidencia Municipal y enfocaron lemas con letrados donde piden la destitución del director.

El padre de los afectados aseguró que es el responsable de la manifestación porque se acercaron para manifestarles su solidaridad y sumarse a la exigencia, porque son muchos ya los arbitristas denunciados por el denunciado, pero sólo el alcalde no quiere de-



Los manifestantes se acercaron en la sede edilicia mientras el alcalde, Alfonso Martínez Viquez, estaba el terreno ignorando a los periodistas.



CORPO / WIDE WORLD IMAGES

que cuenta de la realidad, dijo. Aseguró que ya nada ni nadie lo detendrá, porque si los arbitristas municipales no atacados se desmontan, ocurrirá tanto a los maestros pacíficos, como al mismo Congreso del Estado y a la Comisión Nacional de Derechos Humanos para que se haga justicia y se libere a Zamora de un funcionario que lejos de brindar seguridad, el mismo es un peligro para las familias.

Alcalde hace mutis

En una actitud que fue calificada por los propios reporteros como despectiva e incluso altanera, el alcalde Alfonso Martínez Viquez

quidió silencio ante los cuestionamientos e ignoró a los periodistas que ayer buscaban la postura de la autoridad en torno a la manifestación ciudadana que pedía la destitución al director de Seguridad Pública.

Al preguntarse de que el edil llegaba a la sede gubernamental cuando de las pataletas perdían las lemas que denunciaban la arbitrariedad y brutalidad policíaca, los reporteros de inmediato buscaron la reacción oficial, pero el mandatario, que en repetidas ocasiones agrava en sus respuestas, sin que nadie se lo preguntara, que es abogado de profesión, se limitó a guardar silencio.

«¡Sí, señor, hasta cuando seguirán los abusos!», se le cuestionó, agusto saluberte Pacho, que sigue bien...». «¡Hasta cuando van a seguir los abusos!», secundo el reportero, agusto saluberte, todo bien Pacho, fue la respuesta.

El profesionismo y en su defecto, el orgullo regional del IMSS en Zamora le hizo de un protagonista y susceptible comunicador, se requirió detener al paso y enfilar a las escaleras que lo llevaban al piso superior donde se encuentran su despacho, seguido de los reporteros que esperaban la postura oficial.

Toda la antes de ingresar a su privado, se le volvió a cuestionar: «¿Hay una manifestación ciudadana que exige una respuesta re-

lativa? ¿Hay ya los cambios? ¿Hay?», interrogándose a su director de Comunicación Social y respondiendo a una pantalla plana colocada allí en la pared e ignorando a los reporteros que se acercaron a su privado, sin dar una versión oficial.

Castigo a culpables

Si ya los presuntos afectados han asumido ante las instancias legales para denunciar positivamente al director de Seguridad Pública, debemos esperar a que el Minis-

terio Público investigue y determine si hay o no culpabilidad de un funcionario, para que se pueda aplicar la ley, considero el regidor perredista Ricardo Orosco Herrera.

Frente a la denuncia de la manifestación ciudadana que ayer se hizo presente en las afueras de la Presidencia Municipal, el regidor de normatividad dijo que definitivamente no hay mucho que decir al respecto, pues hay una denuncia ante las instancias judiciales y son ellas las que tienen que investigar.



Agrieta del que de los jóvenes heridos durante el asalto. CORPO / WIDE WORLD IMAGES



El director de Seguridad Pública, Jorge Arturo Contreras Torres. CORPO / WIDE WORLD IMAGES

Ejecutados
Navajeados
Detenidos
Atropellados
Apresados
Volcadura
Capturan a ladrón de motocicletas
Muere
Se colgó
Asesinan
Violencia familiar
Choque
Se cayó albañil
Secuestro
Balacera
Explosión
Intoxicados con amoníaco
Descuartizados

Son algunas de las palabras que aparecen en las notas que publicó María Esther durante 2009. También hay tormentas, infracciones de tránsito, choques, cateos y varios suicidios de madres y padres de familia, de trabajadores y personas afligidas por falta de dinero.

Era lo que reportaba, aunque nunca escribió sobre las situaciones complicadas que ella misma vivió. Nunca habló del filo de riesgo en el que varias veces anduvo, el filo en el cual se mueven muchos periodistas de nota roja.

Cuando se dio un cambio de jefe de plaza, un día citaron a un grupo de reporteros en algún lugar para una supuesta rueda de prensa, pero les cerraron la puerta y les dijeron: “Las cosas se van a hacer así”. Les dieron dinero; todos lo tomaron excepto María Esther.

Yo le dije: “No te metas en rollos, si te piden que no publiques, no publiques. Primero está la vida, más que ganarte la nota del día”.

Otra vez un narco, “el 19 y medio”, pidió hablar con ella. Una amiga le dijo: “El jefe está enojado porque estás publicando cosas que no debes publicar y estás cobrando un dinero”, cuando ella no cobraba nada. La citaron en la Meseta Purépecha. Fue a hablar con el “19 y medio” y le dijo: “Señor, yo no estoy cometiendo ninguna falta, si me dice que no publique porque me va a costar la vida, no lo publico”. Fue muy clara.



Ella en ese momento temía, yo también. Entonces le di trabajo —en Cambio— para blindarla, porque se la piensan más si un reportero trabaja para un medio estatal.

Era una chica muy dura. Y era muy buena en lo que hacía. Para mí era la mejor, no solo de aquella zona sino una de las mejores del estado en tema policiaco.

La nota roja fue siempre su fascinación, pero también trabajó con otros temas y fuentes. En *Cambio*, en sus labores como corresponsal, publicaba lo que ocurría, la nota del día.

Por ejemplo, entre sus últimos textos en ese periódico están “Patamban y su fiesta grande. La tradición indígena

está enmarcada por arcos y tapetes confeccionados por mujeres” (25/10/2009, una plana con tres fotografías propias); “Normalistas bloquean tramo carretero” (4/11/2009, texto con una fotografía), y “Ama de casa se suicida” (9/11/2009, texto breve). El archivo de *Cambio* guarda textos suyos de cultura, información regional, fiestas, industria, novedades gubernamentales, de todo un poco.

María Esther era un nexo entre su región y la capital del estado, era quien amplificaba lo que ocurría ahí más allá de la región misma. Era una corresponsal que hacía visibles para otros —muchos más que sus vecinos— lo que ocurría entre cerros, campos e invernaderos, en Zamora y en las pequeñas localidades de sus alrededores.

Límites

Por la mañana, Teresa Chávez redacta textos y diseña planas mientras contesta el teléfono y se encarga también de las tareas administrativas. Por la tarde llega Raúl Pichardo, recibe información de corresponsales, baja notas de agencias informativas y diseña las planas que faltan. A las nueve de la noche, Enrique Garibay recoge los originales, baja las escaleras, abre una cortina metálica y comienza a imprimir.

Suenan los hierros de la prensa *offset* Heidelberg Einfarben. Los rodillos giran sin pausa, el motor va a toda máquina y una cubeta de tinta espera en el piso. Al pasar de una plana a otra, Enrique acomoda el papel, limpia con un trapo, entinta y jala la palanca que acaba en forma de bola roja. Brevísima es la pausa, la mole arranca otra vez con su ritmo acompasado porque el trabajo de la prensa siempre va a contrarreloj. A la medianoche estará listo el periódico que cada día se hace entre tres personas.

El Diario de Zamora salió por primera vez el 20 de marzo de 1969 y alguna vez tuvo una nómina mayor de trabajadores; ahora no alcanza para pagar a más que Teresa, Raúl y Enrique. Llegó a imprimir 7,000 ejemplares; ahora apenas hace 2,000 en días buenos. El número se decide cada jornada después de tomar pedidos a los voceadores: llaman preguntando cuál es la noticia principal y cuántos asesinatos hubo, si la cifra de muertos es alta, encargarán muchos periódicos.

El periodismo en el estado de Michoacán ha venido a menos dadas las circunstancias económicas. El periodismo no es negocio.

Los salarios de los periodistas, sobre todo en provincia, no son muy altos. De ahí que tengamos que realizar otra actividad; también a veces tenemos que vender publicidad. Hay algunos compañeros que tienen otro tipo de negocios. La realidad es que el periodismo en provincia no es bien pagado. Se gana poco y se arriesga mucho.

Raúl Pichardo, gesto serio y desconfiado al principio, habla desde su cotidianidad. Por las tardes y noches ejerce el periodismo; durante las mañanas trabaja en su taller automotriz. Solo así le alcanza para sufragar los gastos de su familia.

La edición que coordina hoy saldrá con 12 hojas, la mitad de las que publicaba 10 años atrás, cuando estaba María Esther.

En Zamora y Jacona, dos municipios colindantes y unidos ya por la urbanización, hay cerca de 300 mil habitantes. Es una ciudad de pro-



ducción agrícola a gran escala con muchos invernaderos que cultivan *berries* y frutas para exportación. Hay buenas instalaciones, maquinarias, camionetas nuevas, restaurantes, hoteles y una gran tienda de Liverpool. Es evidente que el dinero fluye. La prensa, en cambio, sufre su peor época: Zamora llegó a tener 10 periódicos y hoy solo quedan dos con edición impresa: *El Diario de Zamora* y *El Independiente*.

La misma preocupación que en Zamora se respira en Morelia, en las oficinas del diario *Cambio de Michoacán*. El periódico se imprimió por primera vez el 6 de julio de 1992; llegó a tener cerca de 100 trabajadores y ahora son solo 30; llegó a distribuirse en 78 municipios del estado y, en 2019, solo abarca cuatro. El papel es lo más caro y el avance de la información por internet hizo caer las ventas, dice su due-

ño y director, Vicente Godínez Zapién. La crisis se intensificó en los últimos seis años.

Y no solo han sufrido golpes a sus finanzas; algunos medios michoacanos muestran cicatrices de estos años de violencia en contra de la prensa. Las marcas están tanto en la información como en la forma de abordarla. En *El Diario de Zamora*, por ejemplo, ya no se firman las notas policiales, ninguna. Incluso van sin firma muchos otros textos con información que pareciera intrascendente.

Raúl Pichardo lo explica fumando, con una resignación que también suena como alivio.

Antes las notas eran firmadas por María Esther Aguilar Cansimbe, ahora la responsabilidad recae en Red 113, una agencia informativa. Para nosotros es mejor, más seguro, y también evitamos cierto grado de responsabilidad.



Sucesos

OLA DE VIOLENCIA

Jornada sangrienta en la ciudad de Uruapan

Un joven fue descuartizado, un desconocido y dos baladroneros muertos, el saldo

Por *Guillermo Gutiérrez* / *Redacción* / *Redacción*

Desconocido, dos fallecidos al impacto de arma de fuego y el asesinato de graves, fue el saldo de una jornada sangrienta en la ciudad de Uruapan

El ataque

Un ataque por parte de un grupo desconocido armado dejó varios heridos y personas fallecidas cuando atacaron una escuela y otra granja cercana.

Las hechas se registraron alrededor de las 12:00 horas de ayer, cuando tres un ataque coordinado a la zona residencial del Pedregal, de la zona de Uruapan, Elías Gutiérrez Aguilar, de 54 años de edad, y Alberto Melgosa Ortiz, de 38 y de oficio mecánico, fueron baleados de gravedad con lesiones de arma de fuego al hospital del R.

En el momento y luego de registrarse médicos los días siguientes la vida debido a la edad de sus lesiones, ya que sufrieron diversos impactos de arma de fuego en todo el cuerpo.

Interinamente arribó al mismo del Alberto Melgosa Cruz, de 38, hijo de José Alberto Ortiz, quien había el de esta edición presentando un estado de salud crítico tras haber sufrido diversos impactos de arma de fuego.

El caso de la Procuraduría General del Estado (PGE) informó que en el lugar referido fallecieron dos personas con lesiones por 762 milímetros que es el tipo de arma AK-47 que se usó.

Las víctimas del lugar del ataque y localizadas una camioneta blanca de color negro, sin pla-



En este lugar se perpetró el ataque donde fallecieron dos personas.

cas de circulación, la cual presentaba un vehículo que fue utilizado por los presuntamente al momento del ataque a Melgosa Ortiz y Gutiérrez Rodríguez.

Un joven es descuartizado

Cortado en once partes y ampuado en cuatro bolsones de plástico negro, referidos con cinta amarilla, fue desmenuado el cuerpo de un hombre que aún permanece en calidad de desconocido, pero que en sus restos se observan estigmas que podrían relacionarse con el crimen organizado.

El cadáver fue desmenuado en el inicio del puente al Viaducto Juárez, en donde existe una Asociación para la cocina Yalle de las Delicias, a un costado de un pequeño comercio.

Se trató de una persona del sexo masculino, de aproximadamente 30 años de edad, desmenuado en once partes y mostrándolo en el área del lado izquierdo, unas partes que forman las palabras entrelazadas y otros cortes en el lado derecho también del área, que forman la palabra empinosa.

En una parte del lado derecho, con cinta amarilla, se observaron con una cinta amarilla los restos de un arma de fuego que formaban las letras «M».

Las víctimas fueron desmenuadas por elementos de la Policía Municipal, alrededor de la zona de la zona

de este martes, dentro de cuatro bolsones de plástico de color negro, envueltos con cinta amarilla.

La cabeza presentaba un corte en el parpado izquierdo y un corte de plátano en el derecho. El fondo había usado barba y bigote.

El cuerpo además de estar desmenuado en once partes, presentaba diversos cortes en la piel y a simple vista se observó herida de disparo de arma de fuego.

Cuando el Ministerio Público y los peritos revisaron las bolsones encontraron en su interior una camisa de manga larga, al parecer de color verde con franjas beige, desgastada y con cortes que parecen coincidir con los del cadáver.

Última hora

Corno Gerardo López Pérez, de 25 años de edad, fue identificado el cuerpo desmenuado localizado la madrugada de este martes en la desviación que va del puente Viaducto Juárez hacia la colonia Valle de las Delicias.

Al ser confirmados los familiares del ahora finado, creyó cadáver fue desmenuado enterrado en once partes, en cuatro bolsones de plástico color negro, informó la Subprocuraduría General de Justicia del Estado.

El occiso vivía en la calle Ornel, de la colonia Santa Bárbara, al oriente de Uruapan y se desempeñaba como chef de tina, de la línea Azteca.

ZAMORA

Policías propinan golpiza a jóvenes

Redacción

Investigaciones realizadas por los comités de defensa ciudadana por el escándalo de la Dirección de Policía y Tráfico Municipal Jorge Arturo Cardenas Torres, poco es lo que se ha hecho para la cual fue encomendado en este municipio, ha estado considerando una serie de irregularidades y abusos en cuanto a la publicación a la cual debería proteger y salvaguardar, pues finalmente es el pueblo quien paga su derecho a la seguridad.

Pocos son los procesos que se han iniciado a denunciar los hechos, como en el caso del señor Alberto Álvarez, padre de dos jóvenes, quienes este fin de semana recibieron un golpe en su propio casa, por el llamado director de Policía, quien exhibió los mismos ante el juez de la magistratura de este domingo en el juzgado de Paz y Ahí, al norte de la ciudad.

Pallas a jóvenes a manos de director de Policía

Hechos registrados cuando los afectados se encontraban en el interior de su domicilio ubicado en calle Las Plátanos número 274 en la colonia Cuernavaca, del ciudad cuernavaca habitacional, a unos cuantos kilómetros desde Jorge Arturo Cardenas Torres se encontraban, en la vivienda de la agente policia Patricia Doris.

Por tal motivo, un agente asignado a la escuela del director acudió a la casa de los ahora afectados, pidiéndoles que busquen el control de la misma, pero los dijo, venían al director, indicando que fue acudido por los muchachos.

Muchos más tarde, otros uniformados, presuntamente asignados a la escuela, acudieron de nuevo a la vivienda, e intentaron arrestar a Hugo Álvarez Madrigal, de 21 años, por lo que los jóvenes se negaron al motivo por el cual lo iban a detener, y fue cuando los agentes comenzaron a golpearlos hasta dejarlos tirados en el patio de adobe.

Algunos de ser auxiliados por familiares y amigos, los policías ingresaron al domicilio, al que el director de la Policía, Cardenas Torres, para denegar a todos los ociosos, golpearlos en la nuca y cuando se retiraron en la vivienda, hasta que llegaron a la casa y sacaron de su domicilio, sin embargo en la calle con-

tinuaban siendo vigilados. Debido al escándalo realizado, varios señores de auxiliar a los jóvenes, pero incluso una mujer, quien se acudió al director, acudió a cambios que ante la apertura con una pistola en la cara y la cintura con balas.

Al estar se encuentran un gran número de policías para llevar a cabo el asunto mismo, pero jóvenes a quienes trasladaron a la Base de la Policía, pero en el momento los fueron golpeando una y otra vez hasta ingresarlos a una celda de la Cárcel Preventiva.

Sin embargo, luego de dos días de los afectados, debido a las lesiones que los jóvenes, los egresados del centro, asistieron a un consultorio médico, siendo trasladados al Hospital General por los propios policías, no sin antes ser amenazados de muerte si comenzaban lo que había sucedido, indicaciones que dijeron, en el momento, que se habían curado de una metecolita.

Uno de los afectados, de nombre Jorge Adrián López López, de 21 años, refirió una declaración testimonial que recibió varios cachazos en la cara y en la cabeza, por el propio director de la Policía, quienes que aún resaca a más de 72 horas de la agresión, además de que lo fracturaron un brazo.

Los afectados Hugo Alberto y Gerardo Álvarez Madrigal, David Ortiz Juan, de 21 años, Jorge Adrián López López, y dos jóvenes, quienes prefirieron omitir sus nombres por temor a represalias, se relacionan por visitar a represalias, y golpearlos que sufrieron, así el agente primero del Ministerio Público Investigador Fiscal Ambrós Carranza, al imponer formal denuncia por los delitos de lesiones calificadas, violación de domicilio, dolo en las cosas, abuso de autoridad y robo.

También acudieron con el viceministro regional de Zamora de la Comisión de los Derechos Humanos.

Exigen justicia

Cabe mencionar que los padres de los afectados informaron a la opinión pública que hoy tienen contemplado realizar una serie de movilizaciones, a fin de que de una vez por todas el escándalo de Zamora, José Alfonso Martínez Vázquez, tome cartas en el asunto y promueva el inmediato cese del director de la Policía local y de los uniformados.

Pocos son los periodistas en provincia que hacen una labor de investigación. No existen las condiciones de seguridad; la libertad de expresión se está acabando.

En ese tiempo —2009— estaba más calmado que en la actualidad. Aquí la tasa de delitos violentos es alta, muy alta. Zamora y Jacona están en el paso de bandas criminales hacia Jalisco y Sinaloa, se pelean todo esto.

Aquí es muy común la ejecución de sicarios en motocicleta por 5,000 pesos. Vales 5,000 pesos.

Los datos oficiales ratifican las palabras de Raúl Pichardo: en 2019, Zamora estuvo en el lugar 12 de los 50 municipios más violentos de México, con una tasa de 79 muertes violentas por cada 100 mil habitantes, según datos del Observatorio Nacional Ciudadano.⁵

Mientras él edita su periódico y responde la entrevista, esa misma noche hay una balacera a pocas cuadras. Tres hombres muertos quedarán tendidos en la calle.

Amigo, el hombre que pide ocultar su nombre, dice que la violencia es parte de la vida en Zamora y Jacona. Que les afecta desde hace mucho tiempo, pero a los periodistas les dio un golpe diferente, inusual, con la desaparición de María Esther.

Nunca antes había desaparecido un periodista aquí. A la Asociación de Periodistas del Valle de Zamora le entró el miedo; nadie quería ser presidente.

Sí hay temas que ya no se tocan, y no solamente en nota roja, también hay que fijarse en notas de trascendencia de la localidad, del estado: ya todo es boletín. Ya nadie investiga, se cuenta lo que se ve y lo que llega por boletines.

Creo que nos bajó la certeza o la seguridad de escribir. Se acaba con lo bonito del periodismo, que es decir la verdad, y le embarga el miedo a uno. ¡Cuál cuarto poder ni qué nada!

Para que esto se componga que persigan a quien sea, que agarren a los que fueron. Mientras no agarren a los hechores, esto no va a acabar.

En Zamora, los periodistas ya no ponen logotipos de prensa en sus carros. Tampoco dicen a qué se dedican, evitan mencionar que trabajan en prensa.

⁵ <https://www.quadratim.com.mx/sucesos/zamora-uruapan-y-apatzingan-en-el-top-50-de-los-delitos-en-el-pais/>

Incertidumbre

Hay polvo en el aire y polvo sobre las montañas de periódicos. Hay estantes que suben más de tres metros, dos pasillos con miles de periódicos acomodados por año. Algunos están encuadernados con tapas duras y letras doradas en el lomo, otros han ido quedando en pilas señaladas con hojas ajadas.

Por año, por semestre, por meses. Desde 1992 a 2019, 27 años de periodismo están guardados en el altillo del periódico *Cambio de Michoacán*. Ahí se instaló el archivo y sólo el director tiene llaves, él permite el acceso.

Están los periódicos de octubre de 2009, los días anteriores a la desaparición de María Esther. Entre sus últimos reportes como corresponsal en Zamora hay dos historias que, dicen sus colegas, pueden haber acabado con su secuestro y desaparición.

“Militares capturan a tres personas armadas en rancho de Ecuandureo”

22 de octubre de 2009, contraportada.

Texto y dos fotografías con firma de María Esther Aguilar Cansimbe, imágenes de vehículos de lujo y del interior del rancho.

“Militares catean rancho en Ecuandureo y aseguran armamento”

22 de octubre de 2009, edición digital.

Texto de María Esther Aguilar Cansimbe con fotografía de militares.

<http://www.cambiodemichoacan.com.mx/nota-111324>

“Encuentran tigres y aves exóticas en rancho cateado”

22 de octubre de 2009, edición digital.

Texto de María Esther Aguilar Cansimbe con fotografías de tigre de bengala, militares y vehículos. Informa ubicación precisa del rancho.

<http://www.cambiodemichoacan.com.mx/nota-111335>

“Uno de los detenidos en el rancho cateado es hijo de un ex alcalde de Tangancícuaro”

22 de octubre de 2009, edición digital.

Texto de María Esther Aguilar Cansimbe con fotografías de los tres detenidos portando armas. Se muestran sus rostros, se informan sus nombres y direcciones.

<http://www.cambiodemichoacan.com.mx/nota-111341>



“El Chapulín libre de culpa; militares se retiran del rancho. Los detenidos fueron presentados ante la PGR”

22 de octubre de 2009, edición digital.

Texto de María Esther Aguilar Cansimbe. Dice que los militares deslindan a los dueños del rancho y que los detenidos no vivían allí, sino que se escondieron. <http://www.cambiodemichoacan.com.mx/nota-111354>

También publicó la información del caso en *El Diario de Zamora* el 23 de octubre de 2009, en contraportada, con fotografía a color de los detenidos portando armas largas. El título: “Capturan a Tres Delincuentes en Rancho San Francisco de Asís Ecuandureo”.

Nadie tiene certezas acerca de la desaparición, de sus posibles razones ni de los responsables concretos. Ante la falta de una investigación oficial confiable, tratan de atar cabos. Amigo cree que esa serie de notas puso a María Esther en la mira del crimen organizado porque publicó detalles e imágenes de los objetos y artículos de lujo decomisados en el narco-rancho. Porque exhibió a los detenidos publicando sus rostros, sus datos personales y, además, uno de ellos era hijo de un exalcalde. Cree que la afrenta fue mayor al publicar tanto en Zamora como en la edición de *Cambio*, al llevar la información al plano estatal.

Entre los periódicos empolvados por el paso del tiempo, unos días más tarde aparece otra serie de textos que algunos colegas de María Esther también señalan como peligrosos.

“Golpiza de jefe de Policía de Zamora a dos jóvenes. Jorge Arturo Cambroni y varios agentes agredieron a los jóvenes, sus familiares y vecinos en el interior de su vivienda porque ‘lo molestaban’”.

28 de octubre de 2009, portada.

Texto sin firma, sección Sucesos, página 25.

“Ciudadanos se manifiestan para exigir la destitución del jefe de la Policía en Zamora”

28 de octubre de 2009, edición digital.

Texto de María Esther Aguilar Cansimbe que reporta protesta de familiares de jóvenes golpeados.

<http://www.cambiodemichoacan.com.mx/nota-111705>

“Alcalde de Zamora solapa la brutalidad policiaca. Alfonso Martínez ignoró las preguntas de los periodistas y el clamor de los ciudadanos que



pidieron destituir a Jorge Arturo Cambroni por golpear a dos jóvenes”.

29 de octubre de 2009, portada.

Texto de María Esther Aguilar Cansimbe con fotografías del jefe policial y del rostro del muchacho golpeado, ambas firmadas por ella. Sección sucesos, página 24.

“Avalado por Federación, jefe policiaco de Zamora. Destitución de jefe de policía es complicada. Jorge Antonio Cambroni tomó el puesto con el aval de Genaro García Luna”.

30 de octubre de 2009, contraportada.

Texto de María Esther Aguilar Cansimbe con fotografía de la protesta de familiares, también firmada por ella. Sección Justicia, página 25.

“Renuncia director de la Policía de Zamora, tras golpear a jóvenes”

30 de octubre de 2009, edición digital.

Texto de María Esther Aguilar Cansimbe. <http://www.cambiodemichoacan.com.mx/nota-111900>

También publicó la información en *El Diario de Zamora*, en espacios destacados como la nota original del día 28 de octubre que ocupó la contraportada con el título “Denuncian a Cambroni”, y dentro de la edición una plana y media más —páginas 15 y 16— en las cuales la reportera publicó la denuncia de Alberto Álvarez, padre de uno de los jóvenes golpeados. Son textos con base en la denuncia judicial del caso, testimonios, detalles e incluso direcciones de todas las personas, datos que se acostumbraba revelar en esa época. Incluye también una copia

de la queja ante la Comisión Estatal de Derechos Humanos, puesta en contexto, y recuento de antecedentes con relación al alto funcionario de seguridad.

Según las denuncias contenidas en los textos, Cambroni visitó una casa de una colonia de Zamora, donde mandó a sus subalternos a ordenar a vecinos que bajaran el volumen de la música y, aunque lo hicieron, más tarde llegó en persona a golpearlos y detenerlos, además de destruir objetos a su paso.

El día 29 la nota siguió en portada con texto firmado por el jefe de redacción, Raúl Pichardo, y la cobertura a la protesta de familiares de los muchachos golpeados. El 30 no se publicó nada al respecto, y el 31 el tema volvió a ocupar un lugar central. El titular de la portada decía: “¡Se va...Cambroni!”, en letras rojas, y se veía una fotografía del entonces jefe de seguridad local vistiendo un uniforme de gala de la Policía Federal.

Juan Ignacio Salazar cree que esa serie de notas, publicada tanto en su ciudad como a nivel estatal, explican que la hayan desaparecido.

A María Esther se la llevaron porque trastocó la estructura de seguridad de las mafias. Por una simple riña entre jóvenes y el director de seguridad pública de Zamora en un barrio donde él tenía una novia. Decían que tenía relación con el narco y lo destituyeron después de la nota de María Esther. Ella lo exhibió, mostró que él estaba ahí y la golpiza que dio a los jóvenes.

Los narcos tienen cuestiones de seguridad en torno a su grupo fáctico, pero se respetan con la autoridad, que se convierte en su cómplice.





Esa es la nota que derivó en la desaparición de María Esther.

El 10 de noviembre de 2009, dos semanas después del seguimiento del caso de abuso policial, María Esther editó por última vez la sección Seguridad en *El Diario de Zamora*, aunque su nombre continuó apareciendo como jefa de sección hasta el 17.

Una semana después del día en que fue desaparecida María Esther, ninguno de los periódicos para los cuales trabajaba había informado sobre su ausencia, las razones, lo ocurrido.

Nos avisaron que estaba desaparecida. ¿Cómo, si yo hablé con ella hace poco? —dice Raúl Pichardo—. Empezamos a tratar de localizarla, a pedirle de favor a las autoridades que nos ayudaran a buscarla. Nada más supimos que había recibido una llamada para que saliera de su casa y al parecer alguien se la llevó.

Era una madre de familia, casada, trabajadora, pero por desgracia en este ambiente, esta profesión, es muy complicado.

Las autoridades nunca dieron un reporte y, por más que se les preguntaba, nos decían: “Estamos investigando, estamos investigando”, y nada. Desgraciadamente, no tenemos el respaldo de las autoridades, que ven a los periódicos como enemigos y buscan la manera de que el periodista no informe.

El edificio del diario *Cambio de Michoacán* está en Morelia, en la colonia Lomas del Valle. Es una construcción gris de dos plantas con algunas varillas que asoman desde el techo, evidencias de que una tercera planta se quedó en mero proyecto. Tiene puerta de reja y un guardia que mira desconfiado a los visitantes; en un gesto rápido voltea para todos lados antes de permitir el ingreso.

Tan solo este periódico tiene a dos colaboradores desaparecidos: María Esther Aguilar Cansimbe, corresponsal en la región de Zamora (2009) y Ramón Ángeles Zalpa, corresponsal en Paracho y cercanías (2010).

Juan Ignacio Salazar, jefe de redacción, ocupa una oficina pequeña sin ventanas al exterior y despojada de objetos. Es un hombre fornido y joven con el cabello entrecano, la piel bronceada. Explica los antecedentes, el contexto y los hechos precisos que en su opinión pusieron a María Esther, su colega y amiga, en la mira del crimen organizado. Habla de ella en pasado y lo hace a conciencia.

La experiencia de los años en nota roja me dice, me indica, que desde las primeras 72 horas en que ella no apareció, ya estaba muerta. La recuerdo con mucho cariño, me duele lo que le pasó, pero creo que al final no está con nosotros.





Juan Ignacio Salazar habla con el ciudadano de quien conoce el peso de las palabras. Elige hablar en pasado y parece ser una decisión meditada, una forma de nombrar a su amiga que le da calma, que le permite ubicar el dolor en algún lugar más sereno. Sin embargo, la conversación avanza hasta un punto en el cual no puede contener sus sentimientos. Se quiebra. Llora al recordar que apenas desaparecida empezaron a difamarla diciendo que se había ido con un amante, que estaba metida en negocios ilegales, que había huido. Llora de coraje.

Creo que los periodistas le importamos poco a la sociedad y también al gobierno. Nosotros a veces nos sentimos como los perros guardianes de la democracia y le entramos con todo, pero muchas veces no hay esa retribución ni respaldo de la sociedad, mucho menos del gobierno. El gobierno estaría a todo dar sin periodistas. Y el gremio está muy disgregado, no hay colaboración entre nosotros. En Za-

mora hubo mucho silencio, sobre todo de uno de los principales diarios de ahí, El Sol de Zamora.

Y era un secreto a voces quién se había llevado a María Esther.

El esposo y las hijas de María Esther tuvieron que huir; por seguridad se mudaron a otro estado. Los familiares que quedaron en Zamora han participado en pocas acciones públicas, tienen miedo de dar entrevistas y desconfían de los demás. Guardan en un fólter las fotografías de María Esther, los documentos del caso y algunos recuerdos. Los atesoran, los muestran con afecto y los vuelven a guardar. Prefieren el silencio.

¿Por qué se la llevaron? Han pasado 10 años y nadie tiene una respuesta certera.

¿Qué pasó con ella, dónde está? Las autoridades no han respondido nunca.

En México, a un periodista pueden desaparecerlo por publicar una nota. ¿Por cuál se llevaron a María Esther? Diez años después, ni siquiera eso sabemos.



Fuentes y bibliografía complementaria

Periódico *Cambio de Michoacán*:

<http://www.cambiodemichoacan.com.mx/index.php>

Periódico *El Diario de Zamora*:

www.eldiariodezamora.com.mx

Algunas notas de María Esther Aguilar Casimbe en *Cambio de Michoacán*:

<http://www.cambiodemichoacan.com.mx/listado-418>

Reporte de su desaparición:

<http://www.cambiodemichoacan.com.mx/nota-113726>

<http://www.nuestraaparenterendicion.com/tuyocoincidimosenlanocheterrible/index.php/component/k2/item/90-maria-esther-aguilar-cansimbe#.XVdCz9NR1E4>

Moisés

asesinado en 2015

Por Paula Mónaco Felipe

Con el dinero que lograba ahorrar en su trabajo como taxista, Moisés Sánchez editaba el periódico *La Unión*, una publicación de espíritu ciudadano que durante 25 años reportó los problemas del municipio de Medellín, una zona popular en la periferia de Veracruz. Pedía explicaciones a las autoridades y amplificaba las denuncias de sus vecinos. Intentaron sobornarlo; varias veces lo amenazaron. En enero de 2015 fue desaparecido por un grupo de hombres armados. Su cadáver fue encontrado semanas después e identificado por la familia.

utizo



gnacio

DIAD



Son las nueve y se hacen las 10, llega la medianoche y Moisés sigue escribiendo. Sus papeles están desparramados sobre la mesa de la casa, la mesa que durante el día se usa para comer y por las noches es siempre su espacio.

Al principio eran notas escritas a mano en cuadernos y hojas sueltas, porque nunca fue muy ordenado. Con eso se iba a un café internet, tipeaba, imprimía y, de regreso en su casa, durante otras noches recortaba las versiones finales de artículos, cartones y encuestas. En la tienda de fotografía revelaba las imágenes que él mismo captaba, elegía las mejores y, ya con todo, recortando y pegando armaba la plantilla original de su periódico, *La Unión*. El paso siguiente sería fotocopiar el original, sacar tantas copias como le permitiera su dinero.

En 2004 Moisés se compró su primera computadora, con esa trabajó 10 años hasta 2014, cuando se compró una mini laptop de 800 pesos en una tienda de empeños. Pero la tecnología se le complicaba, entonces esperaba a que su hijo Jorge regresara de trabajar para dictarle y que él tipeara. Cuando escribía, Moisés Sánchez perdía la noción del tiempo; no importaba que hubiera trabajado todo el día porque escribir lo hacía feliz.

Le daban las 12, las dos de la mañana, las tres, y estaba metido en sus notas. Venía contento. Llegaba del trabajo cansado y se sentaba aquí en su mesa a trabajar. En cada pausa que venía a desayunar o a comer también se ponía a escribir.



María Josefina Ordoñez Gómez tiene 54 años y pasó más de la mitad de su vida junto a Moisés. Se conocieron cuando ella tenía 15 y él 16; vivieron juntos durante 33 años. Doña Mary, como la llaman, tiene voz dulce y mirada triste, muy triste; apagada desde hace cinco años, cuando asesinaron a su esposo. Habla de él con amor profundo y la complicidad de quien lo ha compartido todo. Muchas veces nombra a Moisés en presente, aún se le quiebra la voz al mencionarlo.

Él llegó a segundo de bachillerato, pero tuvo que dejarlo por el trabajo. Era cargador en el puerto (de Veracruz), en astilleros, y yo trabajaba en una tortería.

Nos fuimos a vivir juntos, pero luego yo me fui a mi pueblo —Martínez— y él fue a buscarme. Llegó con los zapatos en la mano, atravesando parcelas.

Moisés Sánchez Cerezo nació en Veracruz el 29 de agosto de 1965. Creció con su madre y seis hermanos, ella a cargo de todos porque el padre los abandonó. Trabajar era una necesidad en la familia, Moisés empezó a hacerlo entre astilleros y mercados. Sus primeros empleos fueron como cargador, carretillero y obrero.

Empezó a ver las necesidades de las personas. Lo nombraron parte del comité de carretilleros cuando tenía 18 o 19 años.



Fueron tiempos que lo marcaron y también tiempos de un comienzo, dice su hijo Jorge. Por los relatos de su padre pudo saber que entonces nació en él una inquietud por la sociedad, por hacer algo para cambiar las cosas.

Repartía volantes en el mercado, pero rápido, sin que los policías lo vieran porque lo podían desaparecer. Él escribía los volantes y él los imprimía.

Mary y Moisés vivieron en Veracruz. Luego se fueron a Coatzacoalcos para conseguir algo de dinero y empezar con más recursos la vida de pareja. Moisés trabajó en una empresa subsidiaria de la refinería Pajaritos y con lo que pudieron ahorrar volvieron a Veracruz, luego al pueblo y de regreso otra vez al puerto. Construyeron un cuarto encima de la casa de su suegra;

para subir usaban una escalera hecha con un tablón y varias maderas clavadas, apenas apoyado en los muros.

Nació Jorge y fueron felices, sentían que su familia estaba completa. Entonces Moisés empezó a estudiar Derecho por correspondencia porque quería aprender a defenderse. Consiguió trabajo como cobrador de una tienda de muebles, un empleo que lo llevó a recorrer barrios y pueblos cercanos. Así conoció el municipio Medellín de Bravo; se enamoró de su tierra fértil, de sus árboles frutales, de su gente.

En 1990 decidieron mudarse allá porque pudieron comprar un terreno. El precio era barato, accesible, pero al llegar resultó que los habían estafado porque la tierra tenía otros dueños. Orgullosa, Mary cuenta que su esposo no se resignó.

Peleó con el Gobierno y nos reubicaron. Conoció mucho más de las necesidades del municipio y empezó a hacer volantes. Estuvo sacando notas, y ahí fue donde comenzó a destacar. Jorge tenía siete, ocho años cuando Moisés empezó a sacar El Piñero; era una hoja. Lo hacía junto con otra persona y apoyó a más gente, a los que no nos hacen caso.

De los volantes en el mercado a una hoja informativa, y después un periódico local e independiente, *La Unión*. Moisés Sánchez fue moldeándose como periodista a pura vocación y entrega, desde la práctica. Aunque quería ser un semanario, la publicación no fue regular: salía cuando Moisés tenía dinero porque todo el proceso se financiaba desde su bolsillo de taxista, su trabajo en ese momento. Por lo regular, eran ediciones de 12 páginas de

media carta elaboradas con tres pliegos. Llegaba a imprimir entre 800 y 1,200 ejemplares en épocas de buenos ingresos familiares, cuando las finanzas iban bien, y no salía cuando había dificultades económicas en el hogar. No fallaba en diciembre y febrero porque el fin de año y el carnaval eran los momentos de bonanza, cuando había más trabajo en el taxi y en las ventas.

En 1989, trazado a mano, hizo su primer logotipo. Es la silueta de un castillo y un grupo de personas que se dirigen a la cima, cuesta arriba. Debajo aparecen el título —*La Unión*— y el eslogan: “Ante todo la verdad, aunque duela”. Una frase que después cambió por “La voz de Medellín”. Sus principales contenidos eran denuncias locales y encuestas para motivar la participación y difundir la opinión de los habitantes de Medellín.



Cambiar las cosas

Primero con una camioneta, vendiendo verduras casa por casa, y después a bordo de un taxi, Moisés Sánchez recorría el municipio de Medellín todos los días. Hablaba con los vecinos, conocía sus puntos de vista. Tenía el pulso exacto de su pueblo y además preguntaba. Cuando veía alguna obra inconclusa, una irregularidad, algo que no funcionara o estuviera en mal estado, detenía el vehículo y bajaba a realizar entrevistas, a tomar notas, a fotografiar.

El oficio periodístico fue moldeándose cada día con perfil completamente ciudadano y de servicio público: informar para denunciar, denunciar para que algo mejore.

A las autoridades correspondientes: El camino de acceso a la colonia Gutiérrez Rojas de El Tejar se encuentra en malas condiciones, además, varias lámparas no prenden durante la noche.

La subida del puente que atraviesa la autopista, a la altura de congregación Los Arrieros se encuentra en malas condiciones.

Fragmentos de la edición del viernes 13 de julio de 2003

80

En el centro de salud de El Tejar niegan la atención médica, además, dicen que no tienen medicamentos.

Titular de portada de la edición del 4 de abril de 2011

¿Tienes alguna queja o petición que quieras manifestar a nuestras autoridades a través de este medio? En este medio publicamos todos sus mensajes que nos envían.

-Al dentista de Medellín le pagué varios miles de pesos por el trabajo de una prótesis, la cual me quedó mal y tuve que ir con otro dentista a que corrigiera el mal trabajo que me habían realizado en el DIF. Anónimo.

-No puede ser posible que en el Centro de Salud de El Tejar no cuenten con vacunas, tuve que ir hasta el DIF de Medellín, porque en el Centro de Salud no me quisieron atender, por favor que Marcos haga algo.

-En el Centro de Salud (de El Tejar) no han querido atender a mi esposa que se encuentra embarazada, nos citan un día y cuando llegamos no nos atienden.

Fragmentos de la sección "Voz de Medellín", edición del 13 de julio de 2003.



Moisés editaba solo su periódico, y prácticamente así lo hizo durante 25 años. Algunas veces otras personas le ayudaban con la realización o redacción de alguna columna, algún texto, pero eran apoyos esporádicos.

Él reportaba, escribía, imprimía, copiaba y también distribuía La Unión. Casa por casa, por las calles del municipio Medellín y de su barrio, El Tejar.

Dejaba algunos ejemplares en tiendas y pegaba murales que elaboraba especialmente para cada zona, ediciones que reunían las principales notas sobre ese sector. Se compró una bocina y, a bordo de su taxi o en bicicleta, iba haciendo un relato-resumen de las noticias más destacadas que incluía el nuevo ejemplar.

Nunca se cansó ni se arrepintió. Siempre buscó nuevos abordajes, usar tecnologías, cambiar el enfoque editorial, incluir a los lectores y vecinos. Diseñó encuestas para recoger opiniones. En una edición planteaba un tema de debate y en la siguiente publicaba las expresiones de los lectores; en una edición presentaba una pregunta con dos opciones de respuesta, y a la siguiente los resultados porcentuales del sondeo.

Las ideas llegaban por su propio ingenio, su curiosidad, pero también porque leía cuanto libro aparecía en su camino. Jorge recuerda a su padre leyendo.

Le gustaba leer libros de filosofía, de psicología, y estaba enfocado en lo ideológico. Decía: “Somos nosotros los que vamos a cambiar las cosas”.





Además de periodista era activista; si había una injusticia, él apoyaba a la gente. Por ejemplo, iba a pegar carteles de papel neón en donde faltaba una coladera. Hacía manifestaciones, pegaba cartulinas. Una vez lo acompañé a pegar los carteles y me regañó porque yo lo hacía muy lento.

Cuando alguien venía a pedirle ayuda porque había pasado algo, era de esas personas que te asisten en todo momento. Escribía peticiones a mano, asesoraba y acompañaba a quien lo necesitara hasta que lograran dar solución al problema.

Él quería cambiar algo, que las cosas mejoraran. Decía que los funcionarios no querían cambiar sino robar, y decía también que la única manera que la ciudadanía tenía para parar eso era denunciando. En la época en que los medios estaban más controlados por el dinero o la censura, el medio independiente era una opción.

La Unión fue un periódico totalmente independiente porque nunca obtuvo patrocinio de partidos o del gobierno.

Se transformó en una voz incómoda, porque no solo recogía las denuncias ciudadanas, también las llevaba hasta las oficinas de los gobiernos de turno. Y si no lo escuchaban, hacía protestas o encaraba a los funcionarios durante las ruedas de prensa rompiendo los pactos de silencio y poder que abundan en las localidades pequeñas.

Un alcalde dijo que había hecho mil metros de banqueta; mi padre lo exhibió y expuso que eran 800. El alcalde lo llamó, sacó una pistola y lo amenazó. Lejos de callarse, mi padre lo denunció públicamente.

El alcalde anterior —Omar Cruz— le ofreció 30,000 pesos para que dejara de molestarlo. No los aceptó, se enojó y dijo: “¿Cómo puede tener 30,000 para pagarle a alguien, pero no para las lámparas de las calles!”.

Le ofrecieron dinero para hablar bien de él, dinero que le hubiese alcanzado para tener un proyecto informativo, pero ya no iba a tener la esencia de La Unión. Después empezaron a acosarlo los de tránsito para que quitara la calcomanía del taxi que decía Informativos La Unión. Intentaron meterlo a la cárcel.

Los marinos y policías lo acosaron y él seguía publicando. Siempre le decíamos: “¿Por qué lo haces si nadie te lo va a agradecer?” Respondía: “Es mi parte, si nosotros tenemos miedo no van a cambiar las cosas. Tener miedo no es una opción”.

Mi padre era una persona que no se dejaba intimidar; arriesgaba la vida por una mejora.

MEDIOS INFORMATIVOS

LA UNIÓN...

La voz de Medellín

DE MEDELLÍN DE BRAVO, VERACRUZ



Aguas Negras en El Tejar

En la Col. Villa de Guadalupe esperan a Marcos Isleño → Pag. 5



Gran participación en las Votaciones

→ Pag. 3

TERÁN

→ Pag. 4

Camino a la colonia Gutiérrez Rosas

Falta de alumbrado y banquetas

¿Y Marcos Isleño?, ¡bien gracias!

→ Pag. 7

Movimiento Ciudadano de Medellín:

Marcos Isleño Andrade

Tema el abuso de poder de Transito

→ Pag. 8

Mini Olimpiadas Jamapa

Jardín de niñas Miguel Hidalgo y Jean Piaget

→ Pag. 2

¿Tienes problemas en contra de autoridades Federales?

→ Pag. 12

Voz de Medellín...

→ Pag. 2, 9, 10

Timoteo Noguera

En Acción con el campo

→ Pag. 4

Registro de nacimientos gratuitos

→ Pag. 3

Trabajando en Pro del Deporte

→ Pag. 6



Equipo femenino de El Telebachillerato de Medellín

Ineficacia del Estado, falta de obras y deficientes servicios públicos fueron los temas centrales del periódico que realizaba Moisés. Hasta que la violencia empezó a consumir a su municipio y él decidió no ser indiferente. Comenzaron a ocurrir hechos de una violencia inusual, como el asesinato de una mujer y su bebé a machetazos en el interior de una vivienda. Moisés lo publicó. Nítido recuerdan ese día Iván Sánchez Sánchez y Ana Alicia Osorio, periodistas independientes del puerto de Veracruz.

Moi nos avisó porque le pareció una situación importante de contar. Abordaba la nota roja como temática social, buscando mostrar cómo la inseguridad afectaba a su comunidad. Se metió en broncas con el alcalde y, es cierto, lo trataba fuerte. En muchos municipios de Veracruz lo que

dice el alcalde es la ley. Moi sabía que el asalto en el que asesinaron al niño no era una situación aislada. Era molesto para las autoridades locales porque ponía el foco en los problemas.

Después llegó otra nota que inquietó aún más. A finales de 2014, Moisés Sánchez publicó un texto y un video sobre el surgimiento del “Grupo de Vecinos Vigilantes”, un grupo de autodefensa en el municipio de Medellín. Mostró a ciudadanos tomando las armas para defenderse, con lo cual exhibió la inoperancia de las autoridades locales. Además, su publicación atrajo la atención de la prensa estatal y nacional, y la zona enseguida se pobló de reporteros, fotógrafos y camarógrafos que llegaron a documentar el fracaso del Estado. Esa nota, dicen sus colegas, no se la perdonaron.



Informar

Miércoles 31 de diciembre de 2014: El periodista y taxista Moisés Sánchez es amenazado en público por el alcalde de Medellín, Omar Cruz Reyes, militante del Partido Acción Nacional.

Viernes 2 de enero de 2015: Un grupo de aproximadamente nueve hombres con armas largas y el rostro tapado irrumpen en casa de la familia Sánchez. Buscan a Moisés, quien sale sin oponer resistencia. Los hombres lo suben a un vehículo y revuelven sus pertenencias. Se llevan su computadora, su cámara fotográfica, una tablet y su celular.

Lunes 5 de enero: En entrevista con periodistas, el alcalde Cruz Reyes afirma: “Quien nada debe, nada teme”.

Miércoles 7 de enero: El alcalde no se presenta a trabajar, abandona su cargo y se da a la fuga.

Domingo 25 de enero: Autoridades de Veracruz informan que ha sido identificado un cuerpo que pertenece a Moisés Sánchez. Precisan que fue encontrado el día 24 de enero en el municipio Manlio Fabio Altamirano. Más tarde, la familia confirma su identidad⁶.

Para la familia Sánchez, los días que siguieron a la desaparición fueron un vendaval de confusión, miedo y desconcierto. De viajes a Xalapa, capital del estado, para presionar a las instituciones; de intentar no perderse entre burocracias para imaginar qué haría él en una situación así.

Cuando pasa lo de mi padre, ponemos en práctica lo que él nos había inculcado: la protesta, manifestarse. Y lo que se me vino a la cabeza fue sacar un periódico para contar lo que nos pasaba.

Cuando se encuentra el cuerpo de mi padre, el 24 de enero, yo ya había hecho contacto con varios de sus compañeros, Rubén Espinosa entre ellos. Dijimos: “Hay que hacer una edición especial”, y la sacamos. Salió en febrero de 2015.

Estábamos por imprimir la segunda y lo asesinan a Rubén. Era una persona muy solidaria. Cada vez que iba yo a Xalapa a ver el expediente me reunía con él, comíamos. Rubén hacía un poco lo que hacía mi padre, evidenciar lo que no se ve. Una vez, caminábamos por Xalapa y él se detuvo a fotografiar a un indigente que vivía en la calle.

⁶ https://www.bbc.com/mundo/ultimas_noticias/2015/01/150126_ultnot_mexico_periodista_cerezo_muerte_wbm



El 31 de julio de 2015, en la Ciudad de México, asesinaron a Rubén Espinosa, también periodista que ejercía en Veracruz, también independiente y, además, una voz que había protestado abiertamente por la desaparición y el asesinato de Moisés. En la primera edición especial de *La Unión*, Rubén incluyó una fotografía de Moisés y exigía por él. Seis meses más tarde, otros publicamos la fotografía de Rubén. En eso se ha transformado México, esa es la realidad de la prensa.

La Unión volvió a salir gracias a las donaciones y el respaldo de colegas, organizaciones informativas independientes como la Red de Periodistas de A Pie, y personas de reconocida trayectoria como los escritores Juan Villoro y Elena Poniatowska, quienes desde la capital del país cobijaron a la familia Sánchez. Reporteros y reporteras donaron dinero pero también trabajo, textos y fotografías para que “La

voz de Medellín” siguiera viva.

Así salieron 13 ediciones impresas: febrero de 2015, agosto de 2015, una cada dos meses hasta 2017, y otras en febrero de 2018 y diciembre de 2019. Jorge saca el periódico cada vez que tiene recursos, pero no se detiene cuando le faltan, sigue informando desde la página web y desde Facebook.

En su computadora, a pocos metros de la mesa donde su papá pasaba horas escribiendo, Jorge Sánchez revisa su archivo. Lo fue armando con algunas memorias USB, material ya cargado en la página y las pocas copias impresas que quedaron en su casa, porque Moisés siempre prefería entregar hasta el último ejemplar; era raro que guardara alguno.

Quedaron videos del grupo de autodefensa ciudadana, de Moisés voceando sus noticias, de protestas realizadas por puñados de personas y de una conferencia de

prensa en la cual su padre increpa al alcalde ante los demás colegas. También fotografías de obras públicas en mal estado, del canal de aguas negras a cielo abierto, de calles inundadas hechas un barrial.

Mi padre decía que esto era un archivo. En lo sucesivo, mucha gente se preguntará qué pasó en Medellín, y aquí está.

La Unión no solo era un archivo de la realidad incómoda del municipio de Medellín, también se había transformado en una suerte de agencia de noticias que cada día consultaban los reporteros del puerto y Boca del Río. A Iván Sánchez, que trabajaba en la zona más urbana, el trabajo de Moisés le abrió un mundo.

Medellín es como el patito feo de la zona conurbada, un territorio desconocido para nosotros. Moi nos avisaba de algunas manifestaciones o qué pasaba; nos ayudaba a entender más lo que ocurría. A pesar de tener su propio medio de comunicación, él no era egoísta, no era envidioso. Si necesitabas un audio, te lo mandaba. Te convencía de cosas a los que yo no les daba importancia.

Una vez habían robado una casa en el fraccionamiento San Miguel. Era lejísimos, teníamos flojera y Moi fue muy insistente para que supiéramos las cosas. Él lo veía todo con una mirada de cariño hacia el municipio.

Moi era necesario en Medellín, se hizo necesario, indispensable. Nadie volteaba a ver a ese municipio y él nos hizo verlo; entendimos Medellín gracias a él.

Lo conocí por un asesinato en El Tejar, la agresión a una familia. Moisés estaba preocupado y se nos acercó (a los reporteros que habíamos ido desde el puerto). Luego, en una manifestación.

Él era quien conocía la zona, a la gente, y nos decía: “Puedes entrevistar a este o a este”. Llegó a echarnos la mano. Nos abrió las puertas para poder trabajar. Nos pasaba pitazos de robos, manifestaciones y autodefensas.

Sergio Aldazábal, reportero

Yo checaba mucho la página que Moi hacía. Le llamaba y me explicaba, o me avisaba si algo ocurría allá. Si yo iba, él me acompañaba. Moisés era el único reportero de Medellín, y tenía que cubrir todo: las campañas políticas, inseguridad, cosas sociales, baches... Todos lo conocíamos como “el” reportero de Medellín, el único. Era colega y fuente.

Ana Alicia Osorio, reportera



Casa abierta

Una montaña de arena está en medio del patio. Es material que compró doña Mary porque está decidida a reiniciar las obras, a terminar la segunda planta que habían planeado ella y su esposo Moisés.

Cinco años después del asesinato, apenas ahora Mary se ha sentido con fuerzas suficientes para retomar proyectos y reabrir la pequeña tienda familiar. Dice que lo hace por los niños, sus nietos.

La casa de la familia Sánchez tiene un nivel terminado. Hay una cocina pequeña, dos cuartos, un baño y un espacio que funciona como sala y comedor. Allí viven Mary, su hijo Jorge, su nuera Vianey y sus tres nietos (Jorge, de 13 años; Axel, de 12, y Moisés, de meses). Una escalera de cemento lleva al segundo piso, inconcluso. Ya están hechos los muros, pero no hay piso, aplanado ni aberturas.

Cuando llegamos, armamos nuestra casita con las paredes y los techos de lámina. Después, construimos esta casa entre los dos. Teníamos puertas y ventanas de cortinas, dormíamos encima de cartones y las camas eran de palo. Luego tuvimos colchones, pero dormíamos en el piso.

Mary

Excepto el colado y el repellido, todo lo demás lo construyó mi padre solito. Se iba a la biblioteca de Veracruz, leía sobre construcción, aprendía y regresaba.

Jorge

Una fotografía muestra a Moisés levantando paredes y a Jorge, de unos siete años de edad, ayudando. Cada ladrillo se pagó con el trabajo familiar, que en esa época consistía en vender dulces, abarrotos y verduras casa por casa en camioneta.

Después construyeron una accesoria en el frente, una pequeña tienda para vender los mismos productos. Es un cuarto con una gran ventana sin vidrio que siempre está abierta. Atendieron la tienda por décadas, pero cerraron cuando asesinaron a Moisés. La reabrieron en 2019 con unos pocos productos: cebollas, caldos de verduras, papel de baño, jabones y algunos refrescos.

Llega una mujer, pide un caldo, paga cinco pesos y se lo lleva. No todos los clientes pagan enseguida; la tienda da productos al fiado.



La casa de la familia está siempre abierta, todo está a la vista. Delante tiene un patio con un almendro de hojas grandes, carnosas, y una barda chaparra con portón de reja. Pasan vecinos y se asoman, saludan, hablan hacia adentro sin pudor.

Llegaban las personas todo el tiempo a denunciar algo, a pedirle ayuda. ¡Las personas venían a toda hora! Por ejemplo, si tenían una necesidad, él les decía qué tenían que hacer y les decía: “Dime a qué hora y yo te acompaño”. Una vez faltó a su propio cumpleaños; llegó al final porque andaba en las reuniones, en las notas de su periódico.

“Las personas”, Mary habla todo el tiempo de “las personas” y en esa expresión caben los vecinos de la zona y las víctimas de alguna injusticia, aquellos que

todavía llegan a pedir ayuda. Porque aun faltando Moisés, “las personas” siguen llegando a la casa de los Sánchez Ordoñez. Ahora preguntan por Jorge y por Mary.

Pocos días atrás llegó una muchacha a pedir ayuda porque falleció un familiar suyo. Un joven que fue asesinado en una riña y las autoridades no querían darles permiso de enterrarlo en el panteón bajo el argumento de que no había espacio.

Mary acompañó a la muchacha al ayuntamiento y el problema quedó solucionado en cuestión de horas. Además, Mary le regaló un poco de cemento a la muchacha para que pudiera cerrar la tumba.

Mary tiene 54 años y una energía que parece inagotable. Por las mañanas despacha en su tienda y realiza compras. Al mediodía cocina para sus nietos mayores, los

recoge de la escuela y les da de comer. Por la tarde vende comida en un pequeño puesto de dos por dos metros, una accesoria que montó junto a una amiga suya. Además, ofrece productos por catálogo y los fines de semana vende antojitos en la calle.

Suena el teléfono, es un vecino que pide jabón. Mary toma su bicicleta pequeña y algo oxidada, una bici que Moisés adaptó cuando nació Jorge armándole una sillita en medio con dos palos y una lata. En la misma bici, que ha usado por décadas, Mary sale a toda prisa a entregar el jabón que le encargaron. Pedalea sonriente, por la calle muchas personas la saludan.

Desde fuera, la casa de la familia Sánchez Ordoñez es igual que las demás de la cuadra, sin vereda y con muros de colores deslavados por el paso del tiempo. Pero desde hace cinco años destaca un agregado evidente: las medidas de se-

guridad ofrecidas por el Mecanismo de Protección para Personas Defensoras de Derechos Humanos y Periodistas. Son las medidas que les ha proporcionado el Estado mexicano, a veces a cuentagotas y siempre con la incertidumbre acerca del futuro; no saben si continuarán o se acabarán el siguiente mes.

Las medidas de protección son algo complicado porque no tienes tanta libertad. Para seguir editando el portal de La Unión salgo a hacer notas, pero debo avisarle al escolta y esperar a que venga. Es complicado porque siempre hay alguien ahí, conmigo, y la gente no se siente tan a gusto; no pueden presentar quejas anónimas.

Estas medidas no siempre han resultado pertinentes y dejan entrever una política que carece de análisis a profundidad y de contexto de los casos.



Olvido

El Tejar es una congregación (comunidad) con casas terminadas y otras a medio hacer. Casas de ladrillo, de lámina. Casas bajitas, modestas, y mucha vida afuera a la sombra de almendros, plátanos y mangos. Casas habitadas, pero también abandonadas, cerradas. Algunas familias se fueron tras el paso de huracanes; otras huyeron de la violencia.

Las calles son de tierra y están pobladas por gallinas, perros y guajolotes.

Frente a la casa de los Sánchez Ordóñez hay una parcela con árboles gigantescos y tres vacas cebú que pastan debajo, moviéndose hacia donde avance la sombra. Un poco más lejos se ven algunos puercos, otras vacas y varios chivos.

Jorge quiere salir a reportear. Llama al guardaespaldas asignado, le avisa que va a salir y espera porque no puede irse hasta que él llegue. Jorge conduce su carro; colgada en el retrovisor va su credencial de prensa y, encima del asiento de atrás, una cámara que él instaló por seguridad.

Llega a la colonia Villa de Guadalupe, a pocos metros de la carretera que une Medellín con Veracruz; a la calle Francisco Villa, que aparece en varias denuncias y notas realizadas por su padre.

Se detiene frente a una tienda de alimentos, bebidas y tortillas donde acaba una cuesta. La dueña del lugar y su hija identifican a Jorge de inmediato. Lo saludan amablemente, con respeto. Le dicen que conocían a su papá de cuando andaba en el taxi, que leen *La Unión* y que siempre le dan like en Facebook.

Le cuentan que su tienda y su casa se inundan en tiempos de lluvia, por eso construyeron una barda de medio metro de altura al frente. Es una especie de muro contenedor para lluvia, barro y aguas negras. Lo había denunciado Moisés: estas cuadras se inundan porque no hay drenaje, porque las tuberías sacan desechos de los hogares, pero todo queda en las calles. No hay drenaje ni pavimento y el municipio les cobra predial.

—Me acuerdo mucho. Él peleaba por el pueblo; denunciaba muchas irregularidades. Yo lo veía.

—Y además de Moisés, ¿alguien reportaba lo que ocurre aquí?

—No, nadie.

—¿Ni siquiera de Veracruz?

—Vino una vez el Enmascarado, el Órale, precisamente a ver una fuga. De ahí en fuera, no.





—¿Y haría falta más presencia de medios? ¿Por qué no vienen otros?

—Claro que sí haría falta, para que vean por la colonia, por las calles.

—¿Puedo poner su nombre?

—Mejor que quede así. Tememos hablar porque luego...

Jorge sube otra vez a su carro y conduce hacia la cabecera municipal, donde las calles están asfaltadas, hay tiendas y transporte público.

Un señor tiene una tienda de alimentos cerca del Ayuntamiento. Jorge dice que conocía bien el trabajo de su padre y lo que hacía. Cuando le pedimos hablar con él, ya sea en entrevista o fuera de grabación, responde: “Luego, luego”, y se va. Intenta esconderse dentro de su puesto. Un señor de más de setenta años se aterra ante la posibilidad de hablar acerca de un periodista asesinado cinco años atrás.

Con su guardaespaldas como copiloto, Jorge toma camino otra vez hacia la congregación Los Robles, donde su padre reportaba seguido. Es un barrio de trabajadores lejos de El Tejar, a unos 20 minutos por carretera rumbo a Tlacotalpan.

Avanza varios kilómetros por carretera federal, después toma una más pequeña de dos carriles. Pasan camionetas cargadas de piñas, salen de los campos verdeazulados donde se cultiva esa fruta, uno de los principales productos de la zona.

Los Robles es una comunidad con casas construidas en torno a un canal abierto. Fue diseñado para recolectar y transportar agua de lluvia, pero desde hace varios años se ha convertido en canal de aguas negras porque las autoridades hicieron un drenaje que desemboca ahí. Huele a podrido.

A veces el drenaje se tapa y brota a media calle. Mi padre lo denunció con una nota que tituló “Un drenaje a cielo abierto”.

En una esquina frente al canal hay una panadería. El panadero conocía bien a Moisés, pero al parecer tampoco quiere hablar. Cuando Jorge pregunta por él, y ante la presencia de personas extrañas, regresan sus hijas diciendo que está dormido. Respuesta amable que sabe a un “no” diplomático y temeroso.

Jorge explica que en 2019 el ayuntamiento dijo haber invertido un millón de pesos en el corredor pluvial, pero son los pobladores de la zona quienes en realidad se ocupan del poco mantenimiento que se le da. A unos metros, un señor con machete limpia el pedacito que está frente a su casa. Pasa una señora y dice: “Aquí hay mucho microbio y por eso está pegan-

do mucho el dengue; esa agua no debe estar ahí”.

La calle principal está pavimentada; las demás, salteadas entre piso de tierra y unas pocas con cemento. Varios tractores y máquinas trabajan en una cuadra. Están construyendo banquetas y colocando asfalto, pero sólo en ese pedazo, algo que resulta extraño hasta que Jorge lo explica: ahí vive una persona con un cargo alto en el gobierno del ayuntamiento.

Medellín es un municipio grande, 398 kilómetros cuadrados. Es parte de la zona metropolitana de Veracruz, colinda con el puerto y con Boca del Río. Tiene 59,126 habitantes según el censo oficial del INEGI de 2010, aunque ahora se estima que son cerca de 70,000. Hay pocas vías de acceso, muchas áreas sin alumbrado y poca inversión pública.



Cuenta con menos de 40 policías, de los cuales sólo 20 o 30 están activos, y solo siete patrullas. Hay dos fraccionamientos que tienen servicios —luz, alcantarillado, drenaje— y ocho que no tienen.

La mayoría de quienes viven en Medellín trabajan en la zona portuaria, comercial y turística de Veracruz y Boca del Río. Temprano por la mañana, llenos de gente, salen los autobuses hacia allá. Las calles quedan casi vacías hasta que los trabajadores regresan al atardecer. Es la historia de las periferias de las grandes ciudades, en este caso golpeadas por las lluvias y la violencia. Cuentan que nadie se salva de los asaltos en días de quincena.

Jorge sigue a bordo de su carro, recorriendo el municipio como lo hacía su padre cada día. En el kilómetro 19+43 hay un puente. Es una gran estructura metálica

que atraviesa el caudaloso río Jamapa, un puente por el que pasan el tren y las personas, a pie y en bicicleta. De un lado está El Tejar, al otro, el fraccionamiento Casa Blanca, una serie de edificios de interés social y casas modestas.

Jorge señala las instalaciones de una planta tratadora que toma agua del río, la procesa y la envía a Veracruz y Boca del Río. Allá en las zonas residenciales nunca falta el agua potable y aquí, donde está el río, escasea. En su casa, por ejemplo, no tienen instalación ni grifo de donde salga agua potable. No están conectados a la red. Almacenan agua de lluvia en un pozo y, si no alcanza, compran más litros, cuando hay dinero.

De regreso a su barrio, Jorge Sánchez ve a un hombre cortando el pasto en una escuela primaria. Es el padre de un alum-



no, cumple con las labores comunitarias acostumbradas en zonas rurales, donde son las familias quienes dan mantenimiento a las escuelas.

Se llama Gonzalo. Es campesino y jornalero. Nació en Medellín, que siempre ha sido su casa. De inmediato reconoce a Jorge y le cuenta que se indignó cuando mataron a Moisés, le habla del dolor que sintió y cuenta que espió a las personas que se llevaron al periodista (porque aquí todos saben quiénes son).

Le dice también que lee *La Unión* en Facebook y comienza a hacer una denuncia ciudadana espontánea. Gonzalo se queja por gestiones del director de la escuela, dice que contrata a amigos suyos para tareas que no serían necesarias, y le informa que entraron a robar y se llevaron televisiones que habían gestionado para los alumnos.

Fue por aquella ventanita, la dejaron abierta.

El periódico que tu papá hacía le servía a mucha gente porque había mucha información de aquí, de lo que en realidad pasa y nunca sale a la luz. Nos informábamos mucho con el periódico que él vendía, que él hacía. Y era poco porque enseguida se acababa. Costaba dos pesos. Sí estaba muy bueno porque decía la verdad; no se tocó el corazón.

Mucha información guarda la breve expresión “lo que en realidad pasa”, porque Medellín es un municipio asolado por el crimen organizado como tantos lugares de México. Una región que fue dominada por el cártel de Los Zetas y luego en disputa con el grupo Jalisco Nueva Generación. Una zona donde golpean tanto el narcotráfico como las redes narcogu-bernamentales.

Después de las denuncias que hizo Moisés Sánchez en *La Unión*, la situación siguió mal. En 2017, por ejemplo, 20 policías —entre ellos un comandante— fueron relevados por participar en robos a comercios. En 2018 los taxistas protestaron hartos de sufrir robos y asesinatos, y la población también fue blanco de asaltos, homicidios y robo de ganado. Y aunque el Semáforo delictivo, una estadística oficial del estado de Veracruz, dice que el municipio ya tiene buenos indicadores de seguridad, basta con escuchar la plática entre Jorge y Gonzalo para dimensionar la situación actual.

Hablan de una casa, una finca, un lugar apartado. Uno alude a una casa grande adonde se dice que han llevado a muchas personas desaparecidas; el otro contesta con la descripción de un rincón donde hay fosas clandestinas. Y luego otro dato, y otro. Así durante varios minutos. Enlistan, nombran, comentan lugares de muerte. “Casas de seguridad” y fosas que están a metros de sus propias viviendas. Cerca, a la vista de todos.

¿Qué es ser periodista?

Un día después del secuestro de Moisés Sánchez, cuando llevaba horas desaparecido, el entonces gobernador de Veracruz, Javier Duarte, minimizó su trabajo. Dijo que no era periodista sino “conductor de taxi” y “activista”.

No fue solo él ni ocurrió únicamente esa vez. En años recientes otros gobernantes e incluso otros periodistas han tenido actitudes similares frente a la desaparición y asesinato de comunicadores. En estos años también se han difundido rumores de que la o el periodista violentado estaba coludido con el crimen organizado, se había fugado con algún amante o había sido víctima de un crimen pasional. Después del ataque, la confusión y la injuria como estrategias para distraer, para desviar el foco.

¿No es periodista quien tiene, además, otro trabajo? ¿No es comunicador quien gana dinero de otra manera porque los medios independientes —y muchas veces también comerciales— no permiten pagar las cuentas ni las necesidades básicas? ¿No es reportero, articulista, fotógrafo, quien se toma la tarea como un activismo, una militancia, un esfuerzo extra?

En Veracruz calaron las palabras del gobernador. Ante el asesinato de Moisés Sánchez, muchas personas pusieron su trabajo en entredicho: que en realidad era taxista, que hacía manifestaciones, que no había estudiado la carrera de periodista.

¡Me da un pinche coraje cuando alguien dice que no era reportero porque no era estudiado! —dice su colega Iván Sánchez—. Era más reportero que todos ellos, hacía notas de los temas que había que hacer, visibilizaba los problemas. Él no daba voz a las autoridades sino a la sociedad.

Él era la voz del pueblo —dice Sergio Aldazábal, reportero de policiales—. Muchos dicen que era taxista, que era un improvisado, que era un empírico. Pero hacía mucho más periodismo del que hacen otros desde la comodidad del café La Parroquia entrevistando a un diputado.

Estaba exponiendo la luz sobre Medellín, los problemas de alcantari-llado, de seguridad.

Moisés era una piedra en el zapato para el alcalde. Y creo que fue el hecho de exponer a las autoridades lo que le costó la vida.

Cinco años después del asesinato, Mary todavía sufre el dolor a flor de piel. Y también ve dolor más allá de las puertas de su casa.



Nos hace mucha falta, tanto a los niños como a mí. Nos sentimos solos. No hay día que no platiquemos de él.

Y aquí en el municipio han cambiado las cosas, mucha gente no quiere hacer nada por su comunidad. La gente me dice: “Si estuviera Moisés, no pasaría esto”. Hay cosas que no avanzan, que se quedan así.

También hay miedo en la comunidad, la mayoría de las fuentes de Moisés Sánchez no se atreve a hablar o pide ocultar nombres. Mataron a quien se atrevía a levantar la voz y así sembraron terror.

El asesinato del periodista también afectó el trabajo de sus colegas en la zona. Lo cuenta Sergio Ardazábal desde una cafetería junto al mar, en el puerto de Vera-



102

cruz, mientras mueve la pierna nervioso y bebe dos latas de Coca-Cola sin dejar de mirar a su alrededor.

Nos cambió la manera de trabajar. Tuvimos que autocensurarnos. Para varios de nosotros se transformó totalmente la manera de trabajar, de movernos, y nuestra vida cambió después de lo de Moisés, de Juan Mendoza y Rubén Espinosa⁷. Fue decir: no podemos trabajar a gusto ni autoprotegernos.

Si bien te pican las manos de querer ir a sacar la foto, la nota, ya no vamos, a veces.

Creamos la Red de Periodistas Veracruzanos para monitorearnos.

Hubo varios que por su propia precaución se tuvieron que ir a otros estados en un lapso de un año, año y medio sin trabajar en medios. En algunos casos, sus medios los apoyaron con quincenas. Cuando se calma la violencia regresan, pero a trabajar en otras fuentes.

El asesinato de Moisés también dejó un silencio en la agenda informativa del estado, porque ya nadie reporta a diario desde Medellín y los periodistas publican mucho menos acerca de ese sector olvidado y golpeado de la zona conurbada.

Ana Alicia Osorio lo resume como “un hueco informativo”. Explica que durante algunos meses, los colegas siguieron yen-

⁷ El periodista Juan Mendoza era director del portal “Escribiendo la verdad” y fue asesinado en Medellín el 2 de julio de 2015. Rubén Espinosa era fotoreportero independiente; tras recibir amenazas se había desplazado a la Ciudad de México y allí fue asesinado el día 31 de julio de 2015.

do a Medellín y dieron continuidad a los temas que trabajaba Moisés, pero esto fue diluyéndose y ya no van.

Jorge Sánchez tomó la posta para continuar el trabajo de su padre y seguir publicando *La Unión*. Con las limitaciones que representan los mecanismos de protección, y pese a la falta de dinero, se las ingenia para que sigan activas la página web y el perfil de Facebook.

Le costó el comienzo —sigue costándole— porque durante años fue su padre quien hizo todo solo. Moisés tenía fuentes, conocía a las personas y sabía a quién dirigirse o cómo lograr que se sintieran en confianza para relatar sus problemas. Jorge tuvo que empezar de cero y encontrar también una voz propia, no imitar a su padre.

Con él, *La Unión* ha incorporado otras herramientas como el llamado periodismo de datos, es decir, la investigación de contratos públicos, cifras de licitaciones y desvíos de fondos. Busca copias de documentos oficiales que sustenten sus dichos. Así ha publicado, por ejemplo, un desvío de fondos del alcalde al contratar un servicio de recolección de basura que, además de caro, favorecía a un amigo suyo. Sin embargo, como en una espiral infame, comenzó a vivir las mismas dificultades que su padre por exhibir a gobiernos ineficaces. El alcalde llamó a su trabajo a mediados de 2018 para presionar. En enero de 2019 lo despidieron; se quedó sin empleo.

Ahora no tengo recursos para imprimir, pero además hubo imprentas que no me querían trabajar. “¿Vas a atacar al gobierno?”, me preguntaban, y luego me decían que no me podían brindar el servicio porque tenían convenios con el gobierno del estado.

Pero mi decisión es continuar con el trabajo de mi papá para evitar que haya un silencio, una censura. Para mostrar que, aunque mi padre no está presente, su trabajo no se ha detenido.

Antes mi vida era rutinaria, de la casa al trabajo y del trabajo a mi casa. Jugaba al ajedrez en las plazas públicas, ahora hace tiempo que no lo hago.

Sólo tres personas —un expolicía y dos policías en servicio— fueron investigados por el asesinato de Moisés Sánchez. Dos de ellos fueron sentenciados.

El exalcalde Omar Cruz Reyes, a quien la familia y otros conocedores del caso señalan como autor intelectual, sigue prófugo. Y aunque las autoridades dicen no encontrarlo, por Veracruz muchos saben que se mudó a otro estado y que regresa a veces a pasearse sin preocupación. Que tiene una nueva empresa, compró tierras y ganado. Que su familia sigue vinculada al gobierno local.

Jorge vive casi encerrado en el perímetro de seguridad con el dilema de continuar dentro sintiéndose más protegido o salir para sentirse más libre. Lee y escribe todo el tiempo, reporta cuando puede. Consciente del riesgo que significa, aún traspasa rejas, cámaras y portones para seguir publicando el periódico *La Unión* que inició su padre.

El diario ya no se imprime ni se reparte casa por casa con la misma frecuencia que antes. Ahora Jorge sube la información a internet y, aunque tiene menos lectores, todavía logra que sus notas lleguen más allá de su comunidad. Desde Veracruz, Sergio Aldazábal dice: *Cuando me entero de algo de Medellín, es por Jorge.*



Fuentes y bibliografía complementaria

Periódico *La Unión*, edición digital

<https://www.facebook.com/launionveracruz/>

<https://mataranadie.com/jose-moises-sanchez-cerezo/>

<http://www.nuestraaparenterendicion.com/tuyyocoincidimosenlanocheterrible/index.php/component/k2/item/163-moises-sanchez-cerezo#.XVo6vNNR1E4>

<https://vozalternativa.com/caso-moises-sanchez-complicidad-que-deja-en-libertad-al-autor-intelectual/?fbclid=IwAR0c6xgs1aVp-8JoUKv4hpB8QdiUFjgPLg3ZPdtvip0RmDLRSyF0uo71uB5E>

Rafael

asesinado en 2019

Por Paula Mónaco Felipe

Soñó que su pueblo tendría una radio comunitaria y no descansó hasta lograrlo. Convenció a un puñado de amigos; fundaron Radiokashana. Transmitieron desde sus hogares, después montaron un pequeño estudio y, en 2016, consiguieron una licencia oficial de Ifetel. Dieron a su pueblo, Santa Rosalía, y a su estado, Baja California Sur, la primera radio comunitaria de la historia: una emisora con agenda social, voz crítica y apertura a las inquietudes de sus oyentes. Sin embargo, en circunstancias que todavía no son claras, Rafael Murúa fue asesinado en 2019. Desde entonces no hay noticiero en Santa Rosalía.



Cardones pequeños, medianos, grandísimos. Cardones de varios metros de altura, solos y en grupos. Bosques de cactáceas recubren los cerros áridos de Baja California Sur.

La Carretera Transpeninsular, la Federal número 1 de México, serpentea entre montañas poco escarpadas y sigue por una planicie también desértica. Cuando faltan 20 kilómetros para llegar al pueblo de Santa Rosalía, comienza a funcionar la radio. El sonido nace en el 93.3 de frecuencia modulada.

Radiokashana ... tu radio de verdad, dice una voz de hombre; una voz grave, serena, y después se escucha música. Suenan canciones de los años setenta, otras folklóricas, algunos ritmos regionales y de repente algo de jazz. Es la radio comunitaria de Santa Rosalía, la primera que ha existido en la historia de la ciudad y del estado. Y aunque algunos meses atrás tenía varios programas, ahora apenas emite dos y llena el resto del tiempo con mucha música. Hay menos información y se acabaron las noticias. En la zona ya no hay noticiero desde que asesinaron al periodista Rafael Murúa Manríquez.

En los primeros minutos del 19 de enero de 2019, alrededor de la una de la madrugada, Rafael estaba frente a la clínica del seguro social. Lo secuestraron, pero nadie sabe cómo ocurrió porque no hubo testigos (o no han querido hablar). Su cuerpo fue encontrado la tarde del día siguiente en el kilómetro 40 de la Carretera Transpeninsular, rumbo a Guerrero Negro.



Peritajes oficiales dicen que murió al recibir dos impactos de bala en la cabeza, que fue una muerte rápida y que fue enterrado enseguida en una brecha del kilómetro 13. La necropsia concluye también que después lo desenterraron de allí y trasladaron su cuerpo al lugar donde más tarde lo encontraron, en el kilómetro 40. Los exámenes practicados a su cadáver indican que lo desnudaron e hirieron post mortem.

Quienes asesinaron al periodista montaron una escena que pareciera cumplir con el estilo de un ajuste de cuentas interno del crimen organizado. Pero un año después hay más preguntas que respues-

tas: ¿Por qué hacerle algo así a un periodista? ¿Por qué asesinarlo y enterrarlo de una manera para luego desenterrarlo y montar otra escena?

El lugar donde enterraron a Rafael es un río seco. Está a unos 300 metros de la carretera, en una brecha cerca de un vado y cerca también de una subida conocida como la “Cuesta del infierno”. Los cerros son pelones y polvosos. Hay árboles de pocas hojas, blancuzcos porque los recubre un polvo volátil que todo lo invade, todo tizna. El paisaje es beige, color de arena y con textura de arcilla.

Botellas, latas viejas y pedazos de plástico que fueron partes de objetos se amon-

tonan en curvas y recovecos. Puede que los haya arrastrado el agua, cuando corría. O tal vez los trajo el viento o los han ido dejando algunas personas. Este es uno de esos lugares que a simple vista no revelan el uso que se les da.

Fue en el cauce de un arroyo seco donde enterraron a Rafael. Un arroyo que en algún momento debió de ser un hilo de agua que iba a dar al río, ahora también seco. Fue en la parte más blanda y arcillosa, donde no hay piedras. Se ve el cambio en el suelo, se nota que hubo movimiento y que una maquinaria grande tapó después parte del lugar que fue entierro clandestino. Todavía quedan pedazos de las cintas amarillas que ponen los policías

para delimitar la zona de un crimen. Quedan trozos de objetos, de telas. ¿Habrán sido de Rafael o de quién? ¿Cómo llegaron aquí? ¿Cuándo?

La carretera está a pocos metros, a unos pasos, pero desde allá no se ve lo que ocurre en el arroyo seco. No se ve ni se escucha: el silencio es total. Un silencio perturbador, silencio sin viento, silencio que de tan intenso causa dolor de cabeza. La madrugada del 19 de enero era invierno, ha de haber sido también un silencio helado.

En este lugar enterraron a Rafael y de aquí también lo desenterraron después para tirarlo en otra parte. ¿Cómo se llama este sitio que fue de muerte y entierro por unas horas? ¿Cómo se nombra?



Un sueño

Rafael Murúa Manríquez nació en Santa Rosalía, municipio Mulegé, en 1986. Creció entre amigos con la libertad de vivir en un pueblo tranquilo, de andar solo de un lado al otro. En Santa Rosalía cursó la primaria, la secundaria y la preparatoria. Su padre, Rafael Murúa, y su madre, Alicia Manríquez, eran dueños de una tienda de abarrotes que funcionaba bien. Una familia de clase media trabajadora, sin carencias, pero tampoco con privilegios. Tuvieron dos hijos, Samir y Rafael, aunque en su casa siempre hubo más gente, siempre fue de puertas abiertas para los amigos.

A Rafael lo conocí desde que estaba en preparatoria; nos conocimos en grupos de la iglesia, en grupos de adolescentes. Tendría yo 16, él unos 13 o 14 años, y desde ahí se volvió uno de mis amigos.

Siempre muy jovial, con mucha luz, mucha alegría. No pasaba desapercibido; donde estuviera hacía notar su presencia. Le gustaba pasarla bien sin problemas, era una persona pacífica, inteligente, ocurrente.

Juan Pablo Suárez Galván habla con nostalgia. Escoge las palabras antes de pronunciarlas. No parece tener miedo, piensa como buscando las expresiones adecuadas, como si lo dicho no le alcanzara para transmitir su sentir.

Era un líder nato. Un artista, un crack. Muy talentoso, tenía también habilidad en la música. Le gustaba tocar la guitarra, cantar. Su inteligencia lo llevaba a opinar hasta sobre campos que no conocía. ¡Y era muy aferrado! No le podías ganar una.

Un día me dijo: “Oye, tú que sabes música —Juan Pablo es cantante lírico—, enséñame solfeo, la anotación musical”. Entonces le dije: “Mira, esta es la negra, esta la corchea...” ¡Y empezó a discutirme! Se acabó a clase.

La tristeza se borra por un instante. Revivir la anécdota con su amigo suspende el pesar de Juan Pablo, al menos un poquito.

Otro de sus amigos cercanos es Alfredo Murillo, un maestro treintañero que conoció a Rafael desde que ambos eran niños. Hace un gran esfuerzo para hablar sin quebrarse, para controlar los temblores en su voz y las lágrimas que amenazan con salir. Se mueve inquieto, incómodo, pero quiere recordar, transmitir que su amistad le gana al tiempo, que compartieron la vida y que él fue muy cercano a la familia Murúa Manríquez.



Cuando era niño, todos los domingos me llevaban con ellos a Santa María a jugar al fútbol, al beisbol. A Rafa le gustaban mucho los burritos de frijol, los caldos. Cantar, tocar la guitarra, pasar los fines de semana con sus amigos. Escuchaba a Bunbury, los Héroes del Silencio, Sabina, Calamaro.

Era muy aventado, echado para adelante. Lo que se proponía, lo hacía. Y en la escuela era bastante bueno.

Siempre fue una persona muy subversiva, fuera del estereotipo, fuera de lo común. Una persona muy inteligente, cálida, interesante, amena. Entregado a su familia, a sus amigos. Alguien que siempre disfrutó, que vivió al límite buscando

estar bien, amiguelo. Recuerdo los viajes, la convivencia, la pachanga.

Extraño sus pláticas, su compañía.

Los Murúa Manríquez son una familia con arraigo. Los abuelos fueron fundadores del pueblo y ya suman cuatro generaciones nacidas allí. Cuentan que Rafael amaba Santa Rosalía y sólo se fue temporalmente porque quería estudiar una carrera. Empezó a cursar Ingeniería Electromecánica en Mexicali, Baja California, pero no le gustó. Se mudó entonces a Hermosillo, Sonora, para estudiar Administración Pública, pero tampoco se sintió del todo a gusto. Le faltaban contenidos sociales que dieran cauce a su interés político.

En esos años, entre protestas en contra del alza al transporte público y manifestaciones para respaldar a los padres de la Guardería ABC, conoció el trabajo de Radio Bemba, una radio comunitaria. Comenzó a trabajar con ellos y le cambió la vida; dejó trunca la carrera de administración para perseguir su nuevo objetivo: una radio comunitaria en su pueblo. Alfredo estaba con él en Hermosillo y se embarcaron juntos.

Se vino a Santa Rosalía en 2011 y empezó a transmitir por internet.

Montó una cabina en la casa de su mamá, que tenía un cuarto desocupado. Le ayudó un carpintero, y así comenzó la radio, como una plataforma digital que transmitía desde su casa.

En 2012 me incorporé yo. En 2014 nos movimos a la colonia Santa Rosalía, en donde transmitíamos en vivo por internet y por FM. De ahí nos fuimos al Sindicato de Músicos, donde nos prestaron un espacio para montar una cabina y estuvimos un año. Después nos fuimos a la colonia Ranchería.

Rafael sumó a Juan Pablo al proyecto cuando le pidió armar una biblioteca de música con jazz, ópera, rock, reggae, world music y otros géneros que normalmente no se escuchan en radios comerciales. Después le pidió que pusiera su voz grave para algunas cápsulas publicitarias y el promocional de la radio. Así lo fue jalando al proyecto, así la voz de Juan Pablo se transformó en la voz de Radiokashana.

Dicen que 2014 fue el mejor año porque eran un éxito las transmisiones, las cuales se realizaban en vivo por FM y por internet.

La gente se manifestaba en redes, nos felicitaba, y empezó a crecer un público de personas de aquí que vivían en otros lados.

Aquí hubo una vez una radio, la 1320 de AM, y dejó de funcionar. Luego hubo una repetidora comercial y ahora Radiokashana.

Yo me sumé al trabajo que Rafael empezó. La radio era todo para él, era su vida, su tiempo completo. Estaba muy comprometido, no se detenía, le importaba mucho y era su pasión.

Rafael siempre tuvo el propósito de ayudar, de aportar algo a la sociedad, y más a su pueblo. Sus objetivos eran contribuir a su comunidad y superarse, que creciera el pueblo en ese sentido.

Juan Pablo pronuncia el nombre de Rafael con un tono especial. Con pausa, con profundidad. Y aunque el trabajo y las finanzas complican un poco su situación personal, ha decidido involucrarse más en Radiokashana desde que asesinaron a su amigo. Está aprendiendo procesos técnicos y es representante de la asociación civil a quien el Estado mexicano concesiona legalmente el espacio desde 2016.

Alfredo había abandonado el proyecto tres años atrás para dedicarse a su familia y a su trabajo como docente, pero regresó para sostener Radiokashana y asumió el papel de director.

La radio surge por la necesidad de contar con un medio de expresión ciudadana, un medio de expresión autónomo que pudiera ofrecerle a la gente de Santa Rosalía la voz y el espacio que tanto hacía falta. Nunca antes hubo una radio comunitaria. Nuestro sueño era que Santa Rosalía contara con ese proyecto para que pudiera ser usado por la comunidad.

Por la zona geográfica donde estamos, si no fuese por internet de poco se enteraría uno. La radio viene a darle un peso a la expresión social, a otorgarle ese espacio, a darle voz a las personas que no la tienen porque carecen de otro lugar para expresarse. Nunca hemos censurado, abrimos el espacio hasta a quien quiere hacer un programa de música ranchera. Lo que sí cuidamos es no poner música que denigre a la mujer, narcocorridos. Tenemos cinco ejes temáticos que nos rigen: derechos humanos, equidad de género, salud sexual y reproductiva, medio ambiente y cultura.



Un pueblo tranquilo

Santa Rosalía es una pequeña ciudad de 11 mil habitantes junto a la Carretera Federal número 1, la Transpeninsular. Una localidad trepada sobre un par de cerros y pegada al mar de Cortés. Tiene playas negras, con la arena teñida por los desechos que la minería tira desde hace más de un siglo; pintadas por la escoria, que son las sustancias, partículas y restos que el mar regresa a la costa. Pero también es una bahía habitada por delfines y ballenas. Se les puede ver desde las bancas instaladas en el malecón.

Era un desierto árido en 1885. Ningún pueblo existía entonces, cuando llegó la Compagnie du Boleo. La gran empresa francesa se instaló para extraer boleíta, un mineral del cual se obtiene cobre de máxima pureza. Era justo lo que Europa necesitaba en aquellos tiempos, y así, en pocos meses, la minera construyó el pueblo desde cero.

Santa Rosalía fue el poblado remoto que producía grandes sumas de dinero para Francia y la segunda localidad de México que contó con electricidad después del Distrito Federal, pero también el lugar de la explotación de cientos de familias mineras que vivían en condiciones miserables. Ahora es un sitio de calles limpias y personas amables, con vestigios de otros tiempos. Hay tuberías, hierros oxidados y barcas viejas olvidadas sobre la tierra. Frente al mar, abandonado, el gran edificio de la fundidora. Junto al agua, desvencijado ya, el chute, una gran torre de madera que se usaba para cargar los barcos que atravesarían el océano. Debajo del agua, barcos hundidos y peces de colores que ahora los habitan.

Hay dos panaderías, El Bachicha y Boleo; varios cafés; restaurantes y una librería: La vendedora de libros. La zona es conocida popularmente como “La Cachanía”, y a sus habitantes les llaman “cachanos” (que con la tonada sudcaliforniana se pronuncia “cashanos”). De ahí el nombre de la radio comunitaria, Radiokashana.

A fines del siglo XIX y comienzos del XX, Santa Rosalía enviaba barcos de cobre a una Europa golpeada por la Primera Guerra Mundial. De tanto extraer, la mina secó la tierra, se acabó la boleíta. Fue despoblándose Santa Rosalía, hubo una gran migración de huida y una crisis económica fuerte para los pobladores, que para entonces ya eran varias generaciones de mineros. Hay muchas familias viviendo lejos, pero añorando la Cachanía, donde la industria resurgió entre 2009 y 2010 con la llegada de empresas coreanas que extraen zinc, cobalto, cobre y manganeso.



Pueblo chico, infierno grande —dice Juan Pablo—. Todos se conocen, pero la sociedad es un tanto difícil. Se preocupan más por los demás que por ellos mismos. Fuera de eso, es un pueblo tranquilo, hay mucha seguridad. Comparado con las capitales, es un pueblo muy tranquilo.

Medita sus palabras por un instante y rectifica: Aunque en los últimos años se ha salido de control.

Durante 2016 hubo 185 asesinatos en Santa Rosalía. El pueblo tranquilo fue sacudido por tiempos violentos que escalaron día con día. En 2017 las muertes violentas se triplicaron, llegaron a 788. Hubo ejecuciones, balaceras, cuerpos mutilados, una realidad completamente inusual para los pobladores.

Explican que la región siempre ha sido un corredor de paso de estupefacientes

controlado por el Cártel de Sinaloa, en relativa calma. La violencia se desató cuando otro cártel, Jalisco Nueva Generación, quiso entrar a operar en la misma zona. Los tiempos difíciles de la violencia coincidieron con el mejor momento de Radiokashana. Había logrado su permiso de Ifetel, transmitían en vivo, tenían un público consolidado y mucha interacción con la audiencia (2016).

Entonces, el crimen organizado buscó a Rafael. **El jefe de plaza —es decir el máximo operador criminal de la zona— lo contactó para ofrecerle el dinero a cambio de difundir la información que ellos querían esparcir. Rafael se negó,** dijo que sus principios no le permitían hacerlo y, consciente de que su vida estaba en peligro, migró a la capital del país.

Denunció las amenazas y fue integrado al Mecanismo de Protección para Personas Defensoras de Derechos Humanos y Periodistas, creado por el Gobierno mexicano en 2012. Le dieron algunas medidas de protección, como un botón de pánico que comenzó a cargar desde entonces. Estuvo varios meses lejos y regresó a finales del mismo año.

Al parecer, todo volvió a estar tranquilo y el riesgo disminuyó; nadie de los suyos supo de otra situación peligrosa hasta 2018, cuando Rafael tuvo un choque leve en el centro del pueblo y discutió con el otro conductor, a quien no conocía. Discutieron en un tono acalorado que no era habitual en él, se jalonearon, y varias personas escucharon al otro hombre decirle: “No sabes con quién te metiste”.

A mediados del mes de octubre, Rafael denunció que había sido amenazado después de criticar al presidente municipal de Mulegé⁸. En esos días lanzaron piedras contra las ventanas de su casa, comenzaron a amenazarlo por teléfono y le llamaron a su mamá.

Recibí una llamada, pero yo la tomé como una de esas llamadas que hacen por teléfono, no le di importancia y Rafael mismo se rio. Me dijeron que un día me iba a aparecer uno de mis hijos muerto en la puerta de mi casa. No le tomé importancia, pero desde ahí mi vida no fue la misma: cuando me levantaba, lo primero que hacía era ir a ver la puerta.

En su perfil de Facebook, entre fotos de sus coberturas periodísticas y de atardeceres en Santa Rosalía, Rafael Murúa compartía noticias de Radiokashana. Tanto en su perfil personal como en el de la radio comunitaria que encabezaba, hablaba con voz aguda y crítica. Se en-

⁸ <https://articulo19.org/desaparicion-y-asesinato-de-rafael-murua-exhibe-ineficacia-de-autoridades-en-la-proteccion-e-investigacion-de-crimenes-contra-periodistas/>

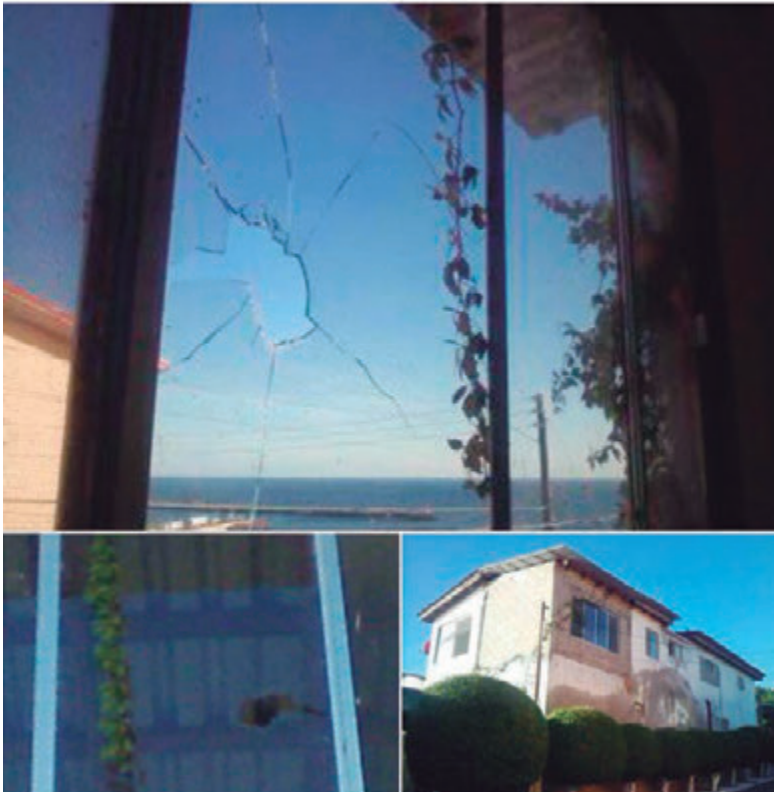


Rafael Murúa Manríquez

1 de noviembre de 2018 · 🌐



Típico: Se acaba el argumento y recurren a la violencia. Anoche quebraron una ventana de mi casa, donde vivo con mi esposa y dos hijos pequeños



😡😱😭 76

39 comentarios 12 veces compartido

frascaba después en arduas discusiones con quienes comentaban las publicaciones.

Como ejemplos, algunas de sus últimas publicaciones en esta red:

20 de noviembre de 2018, “La devolución mexicana”, texto de opinión publicado con firma de Rafael Murúa:

Exactamente hace 12 años estaba asombrado entre la aglomeración más grande que he visto en el episodio de la historia moderna mexicana llamado “Toma de protesta del Presidente Legítimo de la Nación”. Ese día cambió mi

vida. Comprobé que las televisoras nacionales sí estaban muy vendidas y amorzadas por el poder político, decidí dedicar mi vida a la defensa de los derechos humanos, y escuché a Silvio Rodríguez en persona.

Entre un millón de personas, la porra de la UNAM, y señoras llegando de rodillas en el Zócalo de la capital del país entendí que “El Peje” sería nuestro presidente electo en funciones algún día. Espero llegue a serlo. Lo confieso, en ese entonces yo también lo deseaba, sin embargo seguí estudiando ciencias políticas y comprendí que sería un “pelele” más. Al igual que en la mayoría de las prospecciones que hago de la política nacional, odié tener la razón cuando dijo como presidente electo de la república que “no tocaría la macroeconomía”.

Es que la “Revolución Mexicana” se conoce así solamente en México. Esa sangrienta guerra clasificada objetivamente no fue más que una guerra civil. Es la única guerra que al terminar se llamó Revolución y no cambió el sistema económico. México era Capitalista antes y después de la Revolución, hasta la fecha. Incluso antes de gobernar el país nuestro presidente electo ya dijo que lo seguiremos siendo.

Texto completo: <https://www.facebook.com/rafael.muruamanriquez/posts/10161087249865147>

23 de noviembre de 2018, publicación personal de Rafael Murúa respondiendo a alguien que ponía en duda las amenazas denunciadas:

Le recuerdo al alcalde que él tiene 30 años viviendo del pueblo, mis 12 años de carrera profesional han sido completamente en la sociedad civil organizada. Nunca he sido empleado del gobierno, sin embargo, tengo 12 años sirviendo a mi sociedad, no sirviéndome de ella como Felipe Prado. [...] Al más puro estilo de quien carece de valor para firmar las piedritas que alcanza a lanzar, te prestas para achichinle del achichinle que cree que sabe escribir, pero que solo vocifera domingueramente.

28 de noviembre de 2018, publicación de Radiokashana con firma de Rafael Murúa:

El presidente Municipal de Mulegé encaró de manera violenta, agresiva, y prepotente a un empleado y aliado hasta ese momento [...] Se le olvidó todo al presidente municipal de Mulegé, promesas y acuerdos. [...] Perdió el piso [...] La osadía la cometió Felipe. El lema de López Obrador como pie de página en la renuncia de Paúl nos recuerda que el municipio de Mulegé ha perdido oportunidades por los berrinches y la prepotencia de nuestro presidente.

Voz crítica

Patricia Valenzuela es médica. Por las mañanas atiende en el hospital del pueblo y durante las tardes se ocupa de La vendedora de libros, que es su librería y proyecto personal, fruto de su pasión por leer y el más reciente de sus esfuerzos por fomentar la lectura en la región.

Cuando Rafael supo de Patricia y de su trabajo, buscó su colaboración en Radiokashana. Le ofreció participar con un programa, la convenció y empezaron las emisiones de Cultura al aire.

Me dio mucho miedo porque no sé nada de esto. Y cuando Rafael me invitó no captaba yo lo que era una radio. Radiokashana es la voz del pueblo, está compuesta por la misma comunidad y el micrófono está abierto. Tenemos mucha responsabilidad, pero restricciones no.

La doctora Patricia piensa y escucha a los demás antes de hablar. Observa y luego emite opiniones de una frontalidad tan natural como perturbadora. No usa rodeos ni matiza sus dichos, habla con franqueza.

A ningún gobierno le gusta que le lleven la contra, y Rafael era una persona muy rebelde, no se callaba. Tocar temas culturales es despertar las conciencias. Tener una radio comunitaria es abrirle los oídos a la población, y creo que a ningún gobierno le gusta eso, sobre todo si no es honesto. Rafa era muy crítico. Entablar con él una conversación era difícil porque sus argumentos eran muy sólidos, muy precisos y fundamentados.

Sus notas periodísticas, sus investigaciones, ¡eso es lo que nos va a faltar! Nosotros podemos hacer una notita, pero, ¿quién va a hacer una investigación como Rafa? ¡Nadie!

Un año ha transcurrido desde el asesinato de Rafael Murúa Manríquez y en su pueblo existen dos versiones, dos hipótesis. La primera, que le quitaron la vida porque cometió el error de insultar y enfrentar a la persona equivocada, ya que aquel hombre con quien chocó era entonces jefe de plaza del crimen organizado. Es decir, que lo asesinaron por estar en el momento y en el lugar equivocados, por atreverse a reclamar en un choque callejero y menor. Que lo asesinaron porque en México hoy puede ocurrir algo así; insultar o gritarle a alguien poderoso puede costar la vida.

Autoridades locales y estatales sostienen esta versión. En las primeras indagatorias incluso intentaron criminalizar a la víctima, Rafael Murúa⁹. Después siguieron un proceso de investigación de inusual celeridad: ocho días después de hallado el cuerpo del periodista fue detenido el primer implicado, Héctor N, alias “el Moreno”. Tres días más tarde anunciaron la



captura de una segunda persona, Pedro N, y en abril se completó la lista de supuestos partícipes con el arresto de Martín N, el supuesto autor intelectual. Pero varios meses después, el 25 de septiembre, se anunció la captura de otra persona de nombre José Guadalupe “N”, alias “el Lupito”, a quien también se mencionó desde fuentes oficiales como presunto autor intelectual, además presuntamente vinculado a la desaparición de personas en la región. Todos los anuncios fueron

realizados conjuntamente desde la Procuraduría General de Justicia del Estado y la oficina del gobernador Carlos Mendoza.

En algunos casos, los boletines incluyeron fotografías de los detenidos y, aunque no brindaron nombres completos, en Santa Rosalía todos saben quiénes son. Saben que algunos son sicarios, que trabajaban como pistoleros.

La segunda hipótesis que existe por ahora indica que el periodista podría haber sido asesinado en

⁹ <https://articulo19.org/procuraduria-de-bcs-incumple-estandares-en-la-investigacion-del-asesinato-de-rafael-murua/>



un intento de acallar su voz crítica, incómoda para las autoridades locales.

Yo hablé con Rafa en octubre, cuando empezaba a recibir amenazas y ponía en sus publicaciones que en la actual administración había recibido más que en la anterior. Le pregunté: “¿Estás intentando señalar al presidente municipal (Felipe Prado Bautista)?”. Me respondió: “No, yo nunca he señalado a nadie en específico, nada más estoy expresando esto. Ellos se están poniendo el saco”.

También es cierto que Rafa estuvo haciendo crítica muy fuerte a la administración que acababa de entrar. Lo

agredían en redes sociales; les hacía mucha comezón, mucha cosquilla a los funcionarios nuevos lo que Rafa hacía.

Sí incomodaba lo que decía Rafael, hacía mucho ruido y tenía peso sobre la opinión pública.

Alfredo Murillo

Señalaba a las personas cuando íbamos en el carro. Me decía: “Mira, mamá, esa persona me está amenazando”.

[Él, su esposa y sus hijos] se iban a ir de aquí. Estaba más fuertemente amenazado y listo para irse, pero le faltó el dinero. O tal vez no se fue por no dejar la radio, porque me dijo que no encontraba con

quién dejar la radio, que nada más viera eso se iba a ir.

Cuando me tocó desarmar su casa me encontré las maletas hechas; ya habían hecho las maletas para irse.

Alicia Manríquez

En enero de 2020, los días 24 y 31, las autoridades de Baja California Sur informaron que el tribunal colegiado del Centro de Justicia Penal de Santa Rosalía sentenció a 43 años y 9 meses de prisión a tres personas —Pedro “N”, Martín “N” y Héctor “N”—, por considerarlas responsables del delito de homicidio calificado con ventaja. No informaron qué ocurrió con el cuarto acusado y supuesto autor intelectual, José Guadalupe “N”, alias “el Lupito”. No dijeron si fue declarado inocente, continúa detenido o fue puesto en libertad.

A los familiares, amigos y compañeros de Rafael Murúa les sorprende la celeridad de la justicia, que llegó en exactamente un año cuando en México los procesos penales suelen ser más largos. Pero sobre todo les despiertan sospechas algunos detalles como la prohibición de que las audiencias fueran públicas, porque se desarrollaron a puertas cerradas; la participación de cerca de 30 policías en calidad de testigos; la extensión del expediente, que según han visto no tiene más de 15 centímetros de grosor, y la falta de claridad sobre la situación jurídica de José Guadalupe “N”.

Aun con una sentencia condenatoria ya dictada, familiares, amigos y compañeros de la radio sienten que no hay certezas sobre el asesinato de Rafael. No les queda claro si fue por orden del crimen organizado, si le quitaron la vida por el







choque que tuvo con el entonces jefe de plaza, por orden del anterior jefe de plaza que lo había amenazado o por alguna otra razón. Son lagunas de una justicia tan veloz como poco transparente.

Sabemos que los tres sentenciados sí fueron, sí participaron, pero puede que haya más cosas atrás que difícilmente va-

yamos a saber. Es para celebrar que haya tres sentenciados porque en otros lugares no dan siquiera con los responsables, pero parece que hay mucho más. ¿Qué pasó con la otra persona, “el Lupito”? ¿Qué están escondiendo?

Quien lo dice pide anonimato. El miedo sigue.



Daños

Rafael adolescente. Rafael casándose. Rafael con su familia. Sus nietos y su marido fallecido. La sala-comedor de Alicia es, centralmente, un aparador con marcos y fotografías. Donde acaban los estantes hay más cuadros ocupando las paredes. Está el certificado de los estudios periodísticos de Rafael, un título exhibido con tanto orgullo como pesar.

Yo no quería que fuera periodista, no estaba de acuerdo, le decía que ser periodista era un peligro.

A mí ni me gustaba que hiciera eso de la radio, yo no estaba muy de acuerdo porque siempre estaba amenazado. Era su sueño principal, que se lograra lo que él había querido siempre para su pueblo. Deseo nomás que a mis niños [sus nietos] no les dé por eso.

Alicia y su hijo Samir viven en la colonia Ranchería. Su vivienda son dos casas juntas, hechas de madera como muchas otras que tienen más de cien años de historia y conservan el estilo original de la fundación del pueblo. Son las casas que en tiempos de la mina de cobre ocupaban los obreros como sus abuelos; de ellos las heredaron.

Por fuera están perfectamente pintadas de colores verde claro y celeste. Alicia y Samir han transformado al hogar en una residencia para estudiantes. Les rentan cuartos, les cocinan, los asisten.

De repente entran y salen jóvenes, pasan, pero la mayor parte del tiempo la casa está en silencio. Casi todo es silencio en este hogar que alguna vez fue ruidoso y feliz, habitado por la familia completa, por Alicia, sus hijos y nietos. Aquí nacieron Samir y Rafael, pero también sus nietos menores: Kaleb Rafael, de cinco años de edad, y Héctor Tafari, de tres. La mayor, Ixtel, tiene 10 años.

Alicia habla de sus nietos todo el tiempo, con añoranza y amor profundo. Les dice “mis niños”. Muestra sus fotos exhibidas en el aparador y después va al cuarto a buscar más retratos. “Los tengo en la cabeceira”, dice con sonrisa de travesura. La ilumina el solo nombrarlos o mirar sus fotografías.

Alicia Manríquez tiene 70 años, la piel suave y tersa del envejecer. Un tono de voz dulce igual que sus gestos. Acaricia a las personas, abraza, trata con calidez. Su mirada es afectuosa y al mismo tiempo triste. No puede esconder el dolor que la ha invadido, la tiñe, la ocupa toda.

El asesinato de Rafael fue un golpe a lo más profundo de su ser y arrasó casi todo cuanto Alicia tenía. Ante el riesgo, en pocas horas su nuera Lu-

cía huyó del pueblo llevándose a sus nietos a otra ciudad lejana. Le tranquiliza saberlos a salvo, pero los extraña. Hablan seguido por teléfono, pero no le alcanza. Ellos no han regresado y ella no puede ir porque no tiene dinero ni salud para un viaje así.

Nada queda de la casa bulliciosa y feliz que habitaban un año atrás. Ahora están Alicia y Samir, solos.

Yo en un segundo quedé sin nada. Me lo arrebataron a él y a mi familia.

Mis nietos están lejos ahora. Vivían aquí, vivíamos felices todos juntos y en un segundo todo cambió. Me los arrebataron.

Yo sigo pidiendo justicia, es lo único que pido, que se haga justicia. Por la familia, por los niños que quedaron desamparados. Con el juicio no vamos a conseguir nada, pero al menos que se haga justicia porque él no merecía morir así. No me quiero llenar de odio hacia esas personas, yo no quiero vivir con odio.

“Él”, dice Alicia para nombrar a su hijo Rafael. Le duele incluso nombrarlo. “Eso, cuando pasó eso”, dice para hablar de su asesinato. No menciona la palabra muerte,

no dice mi hijo está muerto, no dice lo mataron. Usa las palabras que puede, las que su espíritu estrujado logra mencionar sin derrumbarse. Apenas pasaron meses desde el asesinato de su hijo. ¿Qué más podría hacer? ¿Podrá nombrarlo alguna vez? ¿Podrá acostumbrarse, puede alguien acostumbrarse a que le maten a su hijo por su trabajo, por una diferencia, por un sinsentido?

Alicia parió a Samir cuando tenía 35 años y a Rafael a sus 37. Rafael es su hijo pequeño. Trae ahora un nuevo marco con fotografía. Es un retrato de Rafael impreso en blanco y negro; se ve a un muchacho joven y decidido esbozando una sonrisa con un micrófono en una mano. Fue tomado durante una protesta en Hermosillo y es un regalo que Alfredo, el amigo de su hijo, le dio hace poco. Alicia lo abraza suavemente.

Vivir de los recuerdos, nada más. Me costó mucho trabajo aceptarlo porque yo todos los días lo seguía esperando aquí en la casa. Duré mucho tiempo haciendo la misma comida porque iban a venir ellos. Vivir de los recuerdos, nada más.



Sin reemplazo

Es viernes por la tarde. En el centro de Santa Rosalía hay movimiento, las personas se ven contentas saliendo de trabajar o iniciando el fin de semana.

Dentro de la librería, Alfredo y Juan Pablo ocupan una pequeña mesa. Colocan una computadora portátil, una máquina mezcladora de sonido y un micrófono. **Mientras los clientes entran y salen, ellos graban una cápsula que se transmitirá en Radiokashana.**

De la misma manera graban los programas de la emisora comunitaria: en sus ratos libres, sin mucha infraestructura y dentro de la librería mientras los clientes entran y salen. La doctora Patricia, también integrante de la radio, es quien abre su pequeño espacio para que eso ocurra.

Radiokashana siempre tuvo una programación variada. Algunos han sido *Mujeres de letras libres* —referente a mujeres, literatura y feminismo—; *Hablemos de mujeres* —que daba a conocer a emprendedoras locales—; *Cultura al aire* —una propuesta de fomento a la lectura—, *Hablemos de tu ser* —para dialogar sobre valores y humanidad—, un noticiero diario y otros programas sobre derechos humanos, medio ambiente, salud, música y juegos.

Desde que fue asesinado Rafael, solo se mantienen dos programas dirigidos a gamers —jugadores de videojuegos— y el espacio de literatura y mujeres. Dejó de existir el noticiero, el único de la zona, y no hay más porque Alfredo, Juan Pablo y Patricia apenas pueden garantizar la continuidad a ratos.

Rafael hacía los noticieros y la crítica política. Ahorita nadie hace el noticiero porque requiere una perseverancia y una dedicación cotidiana que nadie más puede aportar. Rafa se dedicaba cien por ciento a la radio.

Alfredo Murillo

Todavía no me lo creo. Rafa, que levantó la radio, que quería a su pueblo... yo me siento un poco a la deriva.

Patricia Valenzuela

Vulnerables, desprotegidos, así estamos. Expuestos a este tipo de cosas.

Juan Pablo Suárez Galván

LA VENDEDORA DE LIBROS

LA VENDEDORA DE LIBROS



Rafael Murúa hacía varios programas, coordinaba a los demás y vendía publicidad en la medida permitida a las emisoras comunitarias. Aun con su entrega, mantener viva la radio durante casi siete años ha sido un esfuerzo constante, dicen sus compañeros. Nunca ganaron dinero sino, por el contrario, le han invertido de sus bolsillos.

Al perder a su impulsor principal, Radiokashana entró en crisis y en silencio. Dejó de transmitir. El 93.3 estuvo en silencio por más de seis meses. Les frenó el dolor que a todos embargaba, pero también la imposibilidad fáctica de seguir transmitiendo, pues las autoridades judiciales se llevaron la computadora que guardaba todos los programas, archivos e información, un instrumento básico para seguir al aire.

Consiguieron otra computadora, reunieron fuerzas para seguir adelante y, tres meses después, anunciaron que volverían a transmitir. No pudieron lograrlo porque entonces les robaron su antena, un pequeño objeto de cobre instalado en la cima del cerro más alto de la zona, rodeada por antenas más grandes y valiosas, repetidoras de canales de televisión que no fueron robadas.

Desde que pusieron la antena ahí había estado y no se la habían robado nunca. La verdad, sí me enojé, yo creo que fue un sabotaje.

Pienso que si se acaba la radio, se apaga la voz.

Patricia V

Con ayuda de un amigo, Santiago Carmona, Radiokashana pudo conseguir una nueva antena y volvió a transmitir. Algo que en su caso no es tan simple como apretar un botón o conectar un cable, porque hacer radio comunitaria en este lugar de Baja California Sur es un gran esfuerzo.

Alfredo es maestro y trabaja entre semana a dos horas de distancia, regresa al pueblo sólo durante los fines de semana. Patricia atiende en el hospital público. Juan Pablo es maestro de canto. En su tiempo libre, el que cada uno de ellos roba al descanso y a sus familias, graban programas y cápsulas. Los domingos o los lunes por la mañana, Alfredo sube al cerro, a la cima más alta de Santa Rosalía, donde están ubicados los transmisores.

En carro llega hasta el cementerio, más allá solo se puede pasar a pie. Debe preparar unos 15 minutos si toma la vereda escarpada, y 25 o 30 minutos si elige el camino menos empinado.

Toma la senda corta pero es difícil, por las piedras. Avanza bajo un sol fuerte con paso rápido. Cuando llega a la cima saluda al vigilante nuevo, el que TV Azteca mandó a poner después del robo a la radio por







temor a perder sus equipos caros. Abre el candado que asegura una caseta y conecta una memoria USB a la computadora empolvada que pertenece a Radiokashana. Solo hay dos sillas de plástico, una mesita hecha con desechos de madera, la computadora y el transmisor. Con eso logran que en 93.3 de FM siga sonando su radio comunitaria.

Alfredo cierra la puerta, pone el candado y observa el paisaje. Arriba sopla una brisa fresca. Su pueblo está debajo y, más allá, el mar azul profundo. Baja con una

sonrisa de satisfacción: la tarea está cumplida y Radiokashana seguirá sonando por una semana más.

Vuelve al carro, que había dejado estacionado junto a la tumba de su amigo Rafael. La tumba es un pequeño nicho pintado de blanco con dos floreros a los lados. Está a la sombra de una jacaranda joven y, casualidades del destino, justo al pie de las antenas desde donde transmite la radio. Por décadas, esa ha sido la parcela de las familias Murúa y Manríquez; desde enero de 2019, es el lugar de Rafael.

Fuentes y bibliografía complementaria

Radiokashana

<https://www.radiokashana.org>

<https://www.facebook.com/radiokashana>

<https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-46954952>

<https://www.sopitas.com/noticias/periodistas-asesinados-2019-gobierno-amlo/>

Conclusiones

Por Paula Mónaco Felipe y
ARTICLE 19 Oficina para México y Centroamérica

Después del asesinato de Rafael Murúa, el pueblo de Santa Rosalía se quedó sin radio comunitaria. Seis meses más tarde, sus compañeros de proyecto lograron que Radio Kashana volviera a transmitir, pero a la fecha lo hace con una oferta reducida: mucha música y pocos programas porque nadie puede dedicarle tanto tiempo como lo hacía Rafael. Él era el principal impulsor y quien sostenía las emisiones día tras día. Ya nadie hace las investigaciones de fondo ni los programas de opinión que él conducía y, además, se terminaron las noticias. Desde que asesinaron a Rafael, en su pueblo ya no hay noticiero radial independiente.

En Zamora, Michoacán, la forma de trabajar del gremio periodístico cambió después de la desaparición de María Esther Aguilar Cansimbe. Ya nadie firma las notas de temas policiales, ya la información dejó de llevar el nombre del reportero. El miedo a ser también desaparecidos hizo que los periodistas de Zamora se volvieran invisibles, sin nombre, sin firma. En esa sección, y también en muchas otras —cuentan los colegas de María Esther—, la violencia y el clima de impunidad han hecho que prácticamente ya no salgan a reportear, ya es puro boletín lo que publican. Más lejanos todavía se ven los años en que realizaban investigaciones o seguimiento de varios días en caso de alguna noticia importante.

En Acapulco, Guerrero, la desaparición de Leodegario Aguilera Lucas dejó sin espacio de expresión a grupos de personas despojadas, reprimidas y olvidadas. Se llevaron a un periodista con 30 años de experiencia y callaron una revista crítica, *Mundo Político*, que era también altavoz de

otros. Porque a Leodegario le contaban sus problemas los campesinos y ejidatarios que fueron desplazados de sus propias tierras para que se construyeran desarrollos turísticos. En él confiaban las organizaciones cafetaleras más perseguidas del municipio de Atoyac. Él documentaba el drama de la desaparición forzada de campesinos y activistas, siempre negado por las autoridades.

Para el municipio de Medellín, el asesinato de Moisés Sánchez significó perder al único periodista que conocía a fondo sus calles, sus problemas, sus necesidades. Porque nadie más sabía la realidad de esa zona de barriadas pobres donde viven quienes trabajan en Veracruz y Boca del Río. Sólo Moisés vivía allí, andaba por los rincones cada día mientras trabajaba como taxista, y con los pocos recursos que podía ahorrar publicaba su periódico, *La Unión*. Un medio de perfil ciudadano en el cual denunciaba irregularidades, falta de atención y malversación de fondos por autoridades, pero también abría un espacio para que sus vecinos se expresaran directamente. Moisés Sánchez y *La Unión*, además, se habían convertido en una suerte de agencia noticiosa que medios nacionales e internacionales replicaron. Moisés Sánchez y *La Unión* atrajeron reflectores hacia ese rincón golpeado de Veracruz del que pocos hablan ahora.

Silencio, miedo, autocensura, cierre de espacios críticos y golpes de terror para comunidades que confiaban en sus periodistas: la desaparición y el asesinato de comunicadores dejan huellas que van más allá del inmenso dolor provocado a sus familias.

En Medellín, por ejemplo, ya nadie quiere dar entrevistas y, si lo hacen, piden mantener el anonimato. Igual pasa en Zamora, donde nadie quiere hablar directamente, ni familiares y amigos de las víctimas. En Acapulco, algunos ejidatarios despojados viven en la clandestinidad y otros aceptan entrevistas siempre y cuando se realicen en lugares escondidos. En Santa Rosalía, el asesinato de un reportero reconocido y querido sembró un clima de terror que nunca antes habían vivido; comenzaron a sentir que cualquier cosa puede ocurrirles; empezaron a sentirse vulnerables.

Los casos presentados en este informe no son de un solo momento ni de un solo tipo. No pretenden ser una generalización, pero sí nos permiten ver que la situación es compleja y, sobre todo, que no es nueva, sino que ha sido una constante durante décadas en México.

Aquí se narran las historias de dos periodistas asesinados y dos desaparecidos, porque en este México de violencia e impunidad el asesinato se ha transformado en un doloroso destino para muchos trabajadores de prensa, pero otro destino es la eterna tortura de la desaparición. En Mé-

xico, 24 periodistas están desaparecidxs desde 2003 a la fecha: cuatro mujeres y 20 hombres. Además, del 2000 a la fecha, ARTICLE 19 ha documentado el asesinato de 131 periodistas, 122 hombres y 11 mujeres.

Los casos aquí integrados ocurrieron en cuatro momentos históricos diferentes: 2004, 2009, 2015 y 2019, que se corresponden con las presidencias de Vicente Fox, Felipe Calderón, Enrique Peña Nieto y Andrés Manuel López Obrador. Muestran, sin duda, que la violencia en contra de periodistas no es sólo un problema presente; tiene una larga historia en nuestro país. Además, corresponden a asesinatos y desapariciones registrados en los estados de Guerrero, Michoacán, Veracruz y Baja California Sur: no hay regiones únicas; las y los periodistas mexicanos están siendo violentados en todo el país.

Las historias relatadas en este informe nos muestran también estrategias que el Estado y el crimen repiten como una receta infinita. En primer lugar, criminalizar a la víctima —como le ocurrió a Rafael Murúa—, o bien manchar su honra —como en el caso de María Esther Aguilar Cansimbe—. No son solo ellos, las estrategias de criminalizar y culpabilizar a las víctimas se aplican a lo largo y ancho del país.

Además, después de las agresiones, del asesinato o la desaparición de periodistas, muchas veces desde el propio Estado se pone en duda la condición periodística de los comunicadores por el solo hecho de haber tenido algún otro trabajo como forma complementaria de subsistencia. Ejemplo claro de esta postura fueron los comentarios del exgobernador de Veracruz, Javier Duarte, quien intentó descalificar a Moisés Sánchez diciendo que en realidad no era periodista sino taxista. En su momento, como se narra en “Ni borrón ni cuenta nueva”, la FEADLE se negó a atraer la investigación de Moisés Sánchez por no considerarlo periodista, hasta que fue obligada mediante un amparo otorgado por un tribunal federal, promovido por ARTICLE 19 en representación de su familia.

Aparece aquí otro componente importante: la discriminación. En casos de amenazas, agresiones, asesinatos y desapariciones de periodistas, muchas veces se les descalifica por el hecho de no haber tenido acceso a una educación universitaria, por ser periodistas de oficio o por no trabajar para algún medio de comunicación considerado “grande”. Es importante destacar que la mayoría de las y los periodistas violentados en México en años recientes han sido trabajadores residentes en provincia; que no tenían estudios específicos en materia de comunicación sino largas trayectorias de oficio, y que no trabajaban para los llamados grandes medios sino para periódicos, televisoras y radios locales, regionales o esta-

tales. Ellos y ellas, como se muestra con las historias presentadas en este informe, hacen contribuciones directas y fundamentales a sus comunidades y dejan un vacío enorme cuando son secuestradx o desaparecidxs.

Ellas y ellos, quienes están en el terreno más peligroso, son quienes cuentan con menor protección por parte de sus empleadores y reciben sueldos ínfimos, como se evidencia en el caso de María Esther. Por su parte, quienes emprenden sus propios proyectos periodísticos teniendo como telón de fondo la marginación y la pobreza, afrontan las adversidades de sus lugares de origen, además de lo poco atractivo que resulta para grupos comerciales y políticos financiar —mediante publicidad— medios de difusión que son sumamente críticos con los poderes locales.

En cuanto a sus agresores, durante 2019 el 43.51% de los ataques fueron cometidos por agentes estatales. Históricamente, los abusos contra la prensa cometidos por funcionarios oscilan entre el 49 y el 53%, colocándose a la cabeza de los agresores. Es decir, que desde hace años una de las principales fuentes de violencia en contra de periodistas ha sido el propio Estado y, aunque la estadística muestra una baja en este sentido, sigue siendo un porcentaje inaceptable para un régimen democrático.

De los cuatro casos aquí reportados, dos continúan en absoluta impunidad, sin verdad ni justicia, con años acumulándose en la incertidumbre. Los dos restantes han registrado algún atisbo de justicia, aunque los familiares y colegas de las víctimas no se sienten satisfechos con ello. Los supuestos asesinos de Rafael Murúa fueron sentenciados ya, pero después de un proceso legal que despierta muchas sospechas por la opacidad que imperó y que no establece con claridad el móvil del crimen. En cuanto al asesinato de Moisés Sánchez, hay tres personas presas —dos de ellas sentenciadas—, pero no se ha detenido al presunto autor intelectual y, por tanto, su familia no se siente a salvo. En los pocos casos que llegan ante una autoridad judicial, quedan dudas sobre la responsabilidad de los sujetos imputados, o bien, solamente se procesa a algunos, generalmente autores directos o materiales del crimen. Los responsables intelectuales, quienes fraguaron y dieron las órdenes de matar o desaparecer, generalmente permanecen impunes.

Justicia a medias no es justicia y, mientras las víctimas no se sientan seguras, prevalece el clima de impunidad que, sin duda, ha hecho posibles todos y cada uno de los crímenes. Porque la violencia en contra de periodistas queda impune: más del 99% de estos casos no ha recibido justicia. Como se expone en *Protocolo de la impunidad en delitos contra periodis-*

tas: “en un contexto de incontenible violencia contra la prensa, el éxito de la política de prevención radica en el hecho de mandar un mensaje contundente a cualesquiera victimarios de las y los periodistas: ‘no se tolerará la impunidad’.” Y ese no castigo permite, habilita, propicia la repetición de los crímenes, pero también siembra el terror sobre la población en general: el miedo se cuele hasta las y los lectores, oyentes, audiencia. Un miedo que les impide hablar, que les quita confianza en el periodismo y los conduce a terrenos de autocensura: ¿para qué denunciar, hablar, contar, si nada cambiará e incluso puede significar peligro?

Desde 2012 se aprobó e implementó el Mecanismo de Protección a Personas Defensoras de Derechos Humanos y Periodistas. Rafael Murúa había sido incorporado a ese mecanismo, y Jorge Sánchez y su familia cuentan hasta el día de hoy con medidas de protección. Es evidente que en el caso de Rafael el mecanismo falló, mientras que para Jorge y su familia las medidas siguen presentando falencias. Además, estas serán insuficientes mientras la impunidad persista y los perpetradores sigan libres.

El Mecanismo está rebasado y ha perdido la naturaleza con la que fue creado; de ser una medida emergente de carácter temporal, todo indica que llegó para quedarse. Si bien su presupuesto se incrementa año con año, la operación se encuentra comprometida por las deficiencias en los análisis de riesgos y las falencias en la implementación de medidas de seguridad. Un Estado que apuesta por brindar de manera indefinida botones de pánico, escoltas, cámaras y coches blindados a periodistas es un Estado que de antemano parece aceptar que fracasará en la protección de las comunicadoras y comunicadores. Además, es evidente que un mecanismo como única política de Estado es solo un paliativo insuficiente e ineficaz para atajar esta dinámica ascendente de violencia en contra de la prensa. En el primer año de gobierno de Andrés Manuel López Obrador, las agresiones a la prensa no solo no se han detenido sino que, entre 2018 y 2019, se reportó un incremento del 12%. Esta situación se perpetuará y multiplicará mientras la protección no se complementa con la justicia, y viceversa.

Las historias de María Esther, Leodegario, Moisés y Rafael son un botón de muestra de la terrible pérdida que sus familias han padecido, sumándose a la interminable lista de víctimas de este país hundido en la espiral de violencia atizada por la corrupción e impunidad que sus élites prohijan. En este trabajo hemos expuesto un elemento de gravedad adicional: a ellos y ella se les desapareció y asesinó por informar a la sociedad. Por ser incómodos a los poderes fácticos y formales que operan como

aliados y cómplices, compenetrados para despojar y matar.

La violencia en contra de la prensa no es un daño colateral, tiene el objetivo de acallar a quienes valientemente, y pese a las adversidades políticas, sociales y económicas, salen a las calles a informar y cuestionar al poder. Al mismo tiempo, tiene el objetivo de despojarnos como sociedad de esas voces, ojos y oídos que documentan los abusos de poder y nos permiten hacerles frente. Por ello, normalizar la violencia criminal y de Estado es imposible en democracia; normalizarla cuando se dirige contra la prensa, es socavar la democracia misma.

La desaparición y el asesinato de periodistas en México nos afecta a la sociedad completa, a todas y todos. Porque nos deja sin la posibilidad de escuchar las voces de quienes faltan, nos priva de comunicadores críticos y conscientes. Porque abre silencios. Porque deja sin respaldo a grupos marginados por la prensa comercial. Porque ya nadie cuenta esas historias.

Agradecimientos

A las familias y amigos de Leodegario, María Esther, Moisés y Rafael por confiar en este trabajo.

A todos quienes ofrecieron testimonio, porque su voz construye memoria frente al silencio.

A quienes con llamadas, contactos y múltiples formas de generosidad ayudaron para que este informe fuera posible: Patricia Monreal, Janahuy Paredes, Daniela Rea, Ana Alicia Osorio, Iván Sánchez Sánchez, Sergio Irazábal, Juan Ignacio Salazar, Jaime Ochoa y Vicente Godínez Zapién.